

Capítulo VII

Tareas frente a la cultura marianista

Son varias las tareas que tenemos por delante frente a la cultura marianista. Quiero enumerarlas y comentarlas brevemente. Son tareas de todos aquellos a los que les interesa este tema y se han asomado a estas páginas. Referencias a ellas hemos hecho ya en varias ocasiones. Merece la pena tratar el tema de una manera sistemática.

Cada uno de nosotros es a la vez hijo y padre de la cultura a la que pertenece. Nos ha hecho y nos ha dado nombre. Pero también la estamos multiplicando ya que impregna nuestra manera de vivir y de ser. La Gaudium et Spes nos recuerda “que es propio de la persona humana el no acceder a su plena humanidad sino a través de la cultura” (GS 53). La Familia marianista es fuente de cultura y escuela de humanidad. El carisma marianista es creador de cultura; tiene un rico potencial cultural y debe ser encarnado en las diversas circunstancias que atraviesan al ser humano y a los grupos (GS 29 y 30). No es una cultura sino un catálogo de valores que ninguna cultura puede agotar. Su intención consiste en que las diferentes culturas que encuentra donde llega asimilen esos valores universales desde el respeto y el reconocimiento mutuos.

La cultura postmoderna puede encontrar en el carisma marianista aspectos humanizadores y valores fundamentales para el hombre y la mujer de hoy. El carisma nos anima a entrar en alianza con quienes tratan de sanar la cultura, de provocar hábitos del corazón que puedan ser compartidos. Esta podría ser la tarea clave en relación con el mismo carisma. Veamos ahora las principales tareas que tenemos por delante en relación con la cultura marianista.

- Identificarla para describirla

Identificar una cultura como la marianista supone, como lo señalábamos en el apartado anterior, precisar sus elementos propios, sus características y también los frutos que ha producido. Esta tarea, en el caso de la cultura marianista, sólo se ha hecho a ponchazos. Se ha escrito algo sobre nuestro "aire de familia", el modo marianista de ser, las "cosas marianistas", el modo de proceder, los aportes que algunos de sus hombres y mujeres han producido. Todo esto ha ayudado a describirla pero no es suficiente. Se precisa ver estos elementos integrados y poder analizar sus diversas implicaciones. No basta con una visión fotográfica de la cultura marianista. Se necesita una presentación funcional en la cual todo se interrelaciona y articula. Ni basta con una visión estática; hay que acertar a ponerla al servicio del dinamismo cultural marianista, en el fondo, de la vida marianista (¹). Una vez

¹ En cierta manera para identificarla bien esta cultura se precisan personas cercanas a Dios y a los hombres; para acertar en las propuestas no les puede faltar una actitud a la vez crítica y creativa; solo ellos podrán poner en evidencia la parte de profecía y utopía de nuestra cultura y también la sencillez y las limitaciones de su propuesta. Además se necesitan personas que sepan **hacer cotidiana esta cultura y convertirla en estilo de vida**. Es el mundo concreto y pequeño, el de la vida y sus manifestaciones es el que se debe ver afectado por la cultura marianista; resulta importante que así ocurra ya que con frecuencia la cultura la asimilamos a lo que es abstracto y lejano, impreciso y generalizado. Por ello para identificar bien una cultura no hay como conseguir que haya modelos de los valores y actitudes que la cultura propone; por

que esta cultura ha sido identificada se debe describir para poderla transmitir a los demás. Para poder hacerlo tiene que calar profundamente en el alma del marianista.

Para llegar a la identidad auténtica hay que relacionarla con la relevancia que cada persona y el grupo debe tener. Identidad y relevancia se dan en una relación dialéctica. Sociológicamente éstas se excluyen, pero no evangélicamente. Sociológicamente un partido político en la medida en que insiste en la ortodoxia doctrinal pierde votantes porque excluye a los que no comulgan con sus ideas. En la medida en que diluye el mensaje ideológico, gana votantes pero sus bases se sienten, en parte, traicionadas y engañadas. El Evangelio mantiene ambas exigencias inseparables. La sal tiene que ser la sal y debe poseer sabor para mantener su eficacia, pero para realizar su función tiene que penetrar los alimentos.

La crisis de la vida marianista ha sido siempre una crisis de identidad. Crisis que afecta a las estructuras, al espíritu y a su auténtico dinamismo interno. En el fondo es una crisis de las señas de identidad. Esas señas de identidad en nuestro caso son las de una familia, movida por un carisma, insertada en el mundo con un fuerte espíritu interior y con fuerza para transformar las personas, el ambiente y los valores y organizaciones. *Los signos de identidad son también de pertenencia.* Los distintos integrantes de esta familia han puesto más de relieve lo que les une entre sí que lo que los distingue y les separa. Esta familia está llamada a ser profecía en la Iglesia. Pero profecía ¿de qué?. Lo que está claro es que no puede ser inofensiva ni en la Iglesia ni en la sociedad. La advertencia de nuestra tradición de llegar a una “unión sin confusión” es muy atinada.

La dificultad para expresar la identidad y en ocasiones hacerla visible *nos pide intensificar nuestro esfuerzo de búsqueda de claridad.* La comunión al interior de la Familia marianista no debe diluir la identidad de sus diferentes miembros. La misma comunión puede quedar uniformada y empobrecida. Religiosos laicos, religiosos sacerdotes, religiosas, laicos se diferencian entre si y conviene que se vean y se traduzcan estas diferencias en gestos concretos.

De hecho faltan estructuras de diferenciación que den pie a la integración. Todo lo que estamos señalando nos *lleva a una exigencia de identidad marianista clara*². Es lo único que crea y sostiene el espíritu de cuerpo. No hay duda que tenemos por delante el desafío de crear las estructuras que corresponden a nuestra convivencia y compromiso. Si estas no existen el individualismo se acentúa, la comunicación disminuye, la indiferencia puede aumentar. Nos costará comunicar ideas y sobre todo sentimientos y vivencias.

- Articularla para llegar a descubrir su dinamismo interno

Articular supone amalgamar lo diverso en torno a lo fundamental del carisma. Se está dando un desplazamiento cualitativo y cuantitativo de los marianistas del norte al Sur y del Oeste al Este. Lo mismo ocurre en la totalidad de la Iglesia. Se trata ahora de leer los signos de los tiempos que esto nos supone y articular bien los elementos que de este hecho se deducen.

Para articular los elementos de nuestra cultura debemos aprender a recorrer el camino de la

ellos se recrea la norma en su sentido inédito e irrepetible.

² P. González Blasco, Nuestra vida marianista de cara al futuro, Ediciones SM, 1988, p 118

complementariedad. Los diversos elementos tienen que llegar a ser complementarios; para ello estos elementos no se deben presentar como autosuficientes. Se convertirán en exigencias de interdependencia, interrelación e interacción.

La articulación atinada de la cultura marianista se hace en torno a su hilo conductor. Hay algo dinámico que atraviesa todas las manifestaciones de esta cultura. ¿Cuál es? Es como ese esqueleto activo que reúne, organiza e integra todo y a todo lo hace cuerpo con alma; cuerpo vivo.

Llegar al Evangelio es ir muy lejos para encontrar respuesta a esta pregunta. Pero no la encontraremos más cerca. *Es Jesucristo, hijo del Padre, hecho hombre en el seno de María para la salvación del mundo.* De ahí parten todas las diferentes manifestaciones culturales que analizábamos en el capítulo anterior. Hasta ahí hay que llegar para poder articular bien todos los aspectos que hemos señalado. Esto es el motor que dinamiza todo.

- Confrontarla para clarificarla y enriquecerla

Le hace bien a la cultura marianista confrontarse tanto con la cultura global como con las culturas nacionales o regionales o con culturas de otros grupos religiosos. Le resultará enriquecedor confrontarse con una cultura fuerte. La buena confrontación exige claridad en los valores y en el marco referencial. Puede traer como fruto una mayor claridad y precisión. Sólo así quedará en evidencia lo propio de la cultura marianista.

En el proceso de confrontación se descubrirán aspectos positivos y negativos de la cultura marianista. No se puede negar que en ella hay bloqueos y elementos que empobrecen y buenas intuiciones y propuestas concretas que enriquecen a quienes de ellas viven.

Al confrontarse con la cultura moderna percibirá enseguida que el actual cambio epocal está resultando azaroso. *La cultura marianista no está contra la cultura emergente, pero sí a favor de una inculturación nueva enraizada en los valores cristianos.* No se siente entre los marianistas, como ya hemos indicado, un rechazo de la cultura emergente. Cada vez más se vive la dificultad que supone y las exigencias que trae una inculturación "contracultural". Pero quienes están sumergidos en la cultura marianista piden una revisión de su postura a los que juraron fidelidad total a la cultura moderna para ejercitarse así en humanidad y en fe. Se precisa demostrar a la gente que se puede soldar la fe y la vida, las culturas emergentes y el carisma marianista. Se precisa encarnar en la historia de las personas la salvación y expresar esa experiencia con un lenguaje vivencial y fácil de comprender sin necesidad de diccionario.

Esta confrontación en el fondo pasa por un discernimiento cultural. Discernimiento que pondrá en evidencia las ayudas y los obstáculos que la cultura actual presenta a la vida marianista. Evitará reacciones ingenuas o viscerales frente a la misma. Llevará a responder adecuadamente a cómo le está afectando a cada uno de los marianistas la realidad cultural en la que vive.

Como fruto de este discernimiento se tendrá una conciencia más clara y lúcida de la influencia concreta y del impacto de la cultura en la vida marianista. En un momento posterior se debe procesar este impacto evangélicamente y con documentos marianistas en mano. Más de una vez este discernimiento nos llevará a una "resistencia cultural". Esta

resistencia es del tipo de la que le tocó hacer a Jesús al oponerse al aporte cultural de los fariseos y letrados. Puede ser que vaya más allá y se convierta en una oposición a determinados aspectos de la cultura actual (MC 2,22). La cultura actual es moneda de doble cara. No todo lo que aparece en el campo sociocultural se puede considerar hostil a la propuesta marianista. Parangonando una célebre frase de Pablo VI (EN 20) es bueno afirmar que sería un drama para nosotros la ruptura entre la vida marianista y la cultura. Debemos aspirar a una verdadera síntesis entre ambas. *Nos tenemos que acercar sin confundirnos y diferenciarnos sin distanciarnos*. Una vida marianista que no se hace cultura no se entiende bien ni bien se transmite. Debe acertar a dar con los puntos de apoyo y elementos que ayudan a reforzar el dinamismo marianista actual.

También de las otras culturas religiosas hemos aprendido mucho sobre la nuestra. Hay culturas de Órdenes y Congregaciones religiosas muy definidas y llenas de sabiduría. Nosotros arrancamos de la rama benedictina. En ella encontramos mucha experiencia madurada por siglos y de ella podemos recibir elementos para contrastar la cultura marianista.

El fuerte acento en la intercongregacionalidad ayuda a enriquecer nuestra cultura. A la cultura de la FM le puede venir bien confrontarse con la típica cultura laica. Es laica pero se nota poco. Los elementos que proceden de la vida religiosa están excesivamente acentuados.

- Purificarla para revitalizarla

La experiencia personal del carisma marianista necesita el apoyo de la cultura marianista; y de una cultura sana y transparente. Una cultura así nos permitirá replantearnos los umbrales de la experiencia cristiana de la fe, ya que hasta ellos nos lleva esta cultura. Ello supone una vuelta a lo básico, a aquellas primeras disposiciones que pueden preparar el terreno para una verdadera entrada en la experiencia marianista. Esto exige un cuestionamiento de las maneras cómo nos hemos acercado al misterio, a veces demasiado deudoras de otros tiempos y de otros contextos. Para llegar a lo básico y esencial nos ayuda más volver a las experiencias humanas que nos han enriquecido que a los grandes conceptos teológicos que hemos aprendido. El Cardenal Newman solía decir que nadie se convierte por un dogma y precisamente de eso se trata: de la conversión.

Purificar la cultura marianista pide relacionarla con el Evangelio. Para lo cual se precisa hacer un procesamiento evangélico de los elementos de nuestra cultura; sobre todo se precisa ponerla en relación directa con la persona de Jesucristo. La purificación viene también, como veíamos en el apartado anterior, de un mirarnos atentamente en el espejo de la cultura actual. Para hacer bien esta purificación K. Barth nos recomienda tomar en la mano y confrontarse con el Evangelio por una parte y con el periódico por otra.

La vigilancia no puede estar ausente de un proceso de purificación. El vigilante se acerca a Jesucristo y se deja penetrar por su palabra que le invade para limpiarle, sanarle, liberarle y fortalecerle. El marianista es bueno que se sepa vigilante, que no olvide que lleva su tesoro en vasijas de barro, que se reconozca a sí mismo bendecido; que tenga conciencia que se le ha confiado la extraordinaria responsabilidad de comunicar el amor de Dios crucificado y resucitado. La vigilancia no nos lleva a un punto muerto; ni menos a la indiferencia, a la defensa, al encerrarse en una torre de marfil o a un modelo de conducta regresiva. Nos lleva a un ir hacia delante y a buen ritmo.

A su vez el discernimiento nos introduce en la audacia que es la única que nos permite purificarnos bien. La audacia aparece como fruto del discernimiento auténtico y fiel y como la condición del mismo. Es la culminación de un esfuerzo largo, pacientemente mantenido. En eso consiste la audacia apostólica. Quien posea el espíritu de Cristo con las antenas y los filtros que él da, está “condenado” a ser audaz incluso hasta el heroísmo. Evocando imágenes bíblicas podemos afirmar que la blanca e inocente paloma es audaz y que la astuta serpiente es paciente y atenta observadora tal como aparece en la tradición midrásica: “*Esto dice Dios de los Israelitas: hacia mi se muestran sinceros como palomas pero hacia los gentiles aparecen prudentes como serpientes*”. En el fondo la relación entre la audacia y el discernimiento es paradójica. No existen nuevas síntesis fruto de la interacción entre audacia y discernimiento. El origen de los dos es común: el misterio de la encarnación. La base es común, Jesucristo, el Dios hombre salvador. La fuente es común: el amor ininterrumpido entre las personas de la Trinidad.

Una de las purificaciones más necesarias de nuestra cultura marianista es la del relativismo cultural, tema central de nuestro tiempo. Aunque la cultura es la oportunidad para hacer a Dios real y presente en la vida humana y la vida humana en Dios, también puede ofrecer resistencias al uno y a la otra. Se puede convertir en un fetiche, en un ídolo. Cuando eso ocurre se da el paso con toda facilidad al relativismo. La cultura nos ha hecho y nos puede seguir haciendo idólatras³. Ninguna cultura individual, local o grupal puede tener la última palabra sobre la existencia humana, la encarnación, la globalización o la paz. Entronizar una cultura particular como rey y juez último de la moral y del normal comportamiento humano es encadenar el mensaje del Evangelio y sofocar la misión evangelizadora. Vaclav Havel, presidente de Checoslovaquia, advertía a su pueblo el peligro de imitar el mundo cultural de las democracias industrialmente avanzadas. Recordaba que la cultura del capitalismo tiene sus propias formas de esclavitud, pero que no resulta fácil identificarlas y tomar conciencia de ellas. Sin embargo, hay que hacer todo para conseguir darlas nombre.

“Una persona que ha sido seducida por el sistema consumista de valores, cuya identidad se disuelve en una amalgama de objetos de la civilización de las masas, que no tiene raíces en relación al ser ni ningún sentido de la responsabilidad para ir más allá de su propia subsistencia es una persona sin moral.

Las personas son manipuladas por métodos infinitamente más sutiles y refinados que los métodos brutales usados por las sociedades totalitarias... Por ese dictador omnipresente que es el consumismo, la producción, la publicidad, el comercio, la cultura de consumo y la inundación de la información; todo ello, tan frecuentemente analizado y descrito, difícilmente puede ser imaginado como fuente de humanidad para redescubrirse a sí misma” (V, Havel, El poder de la Impotencia)

Desde la cultura marianista nos debería llegar una fuerza especial para concluir que la cultura dominante de Occidente *puede inhibir la vida de fe, el hábito de la oración, la*

³ Sus ídolos son plata y oro, hechura de manos humanas.
Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven.
Tienen orejas y no oyen, tienen nariz y no huelen.
Tienen manos y no tocan, tienen pies y no andan.
No tiene voz su garganta.
Que sean igual los que los hacen, cuantos confían en ellos.

sencillez de vida y el celo evangelizador. No hay duda que una cultura que enseña a vivir de la apariencia y acumulación reprime nuestro anhelo por la vida sencilla; por la verdad liberadora de una naturaleza humana vulnerable y pecadora, hasta la llegada de Jesucristo y de su acción salvadora.

De ella misma nos debería llegar una voz fuerte de rechazo a una cultura que pregona el individualismo y la privacidad y rebaja la exigencia evangélica de comunidad y dificulta la solidaridad y el compromiso.

De esa misma cultura marianista debería brotar *una palabra de denuncia* hacia una cultura que reduce sistemáticamente a las personas marginales a seres sin valor y sin importancia y refrena el imperativo evangélico de aceptar al más pequeño de los hombres como aceptación importante del mismo Cristo.

No hay duda que debemos ser conscientes de que la cultura dominante de la sociedad puede poner en peligro el contenido y la práctica de la misma fe evangélica. No hay duda, tampoco, que si nos sentimos ajenos y extraños a nosotros mismos cuando intentamos rezar, si la comunidad y el diálogo nos parecen inaccesibles, si las obras de misericordia y el compromiso por la justicia nos resultan una locura o una utopía, ¿no podrá deberse al hecho de que estamos demasiado domesticados por una cultura que no deja espacio a la adoración, la soledad, la solidaridad y la compasión?

No hay duda que vivimos en una sociedad con un `profundo vacío espiritual. Así es una cultura cuando vive de apariencias, atribuye los valores humanos a la productividad, el atractivo y el boato. Cuando eso se da se puede comparar a las personas, como hacía una vez la revista Time, con el “*agujero negro*” que no tiene el sentido de su propia identidad o sentimientos. Cuando eso ocurre se anhelan mayores negocios, éxitos, propiedades magníficas para que con ellas se pueda llenar ese agujero. Con bastante frecuencia se termina condenados a una vida solitaria, aislada. ¿Qué hombres y mujeres marianistas se necesita en este momento para llenar ese vacío?

Desde esa cultura marianista se debería concluir *que no sólo no está perdido todo, si no que todo está por ganar.* Y esa victoria comenzará desde abajo, como la levadura en la masa. Eso se consigue con una civilización humanista y comunitaria. Y nos sugerirá que el método también tiene que ser diferente. Más que agotarse en la denuncia de la riqueza tendríamos que poner muchas fuerzas en la alabanza de la vida sencilla⁴.

⁴ “En esta presentación no intento hacer una diatriba fácil contra el consumismo ya que esos discursos no calan muy hondo en los que muy hondo deberían calar. Ni tampoco genera adeptos para luchar contra él. La intención es otra. *Dar envidia y dar razones para una propuesta o paradigma de vida sencilla.* Nuestra sencillez debe ser una buena noticia; Evangelio puro; vida sana y futuro claro; rectitud y frescura. Es una forma de vida alternativa a la consumista. Para ello es muy importante que la sencillez vaya mezclada con la verdad, la belleza, el bien, la alegría y la felicidad. Esta forma de vida debería despertar ganas de ser conocida y seguida. El evangelio, donde nace esta invitación, es propuesta de vida y de fiesta. Para ello mostraré todo lo que la sencillez de vida implica pero no intentaré agobiar con esta propuesta. Sin embargo, no dejaré de indicar que si una parte de la humanidad en este comienzo de siglo no entra por caminos de sencillez y no reduce lo que gasta y consume no sobreviviremos. Por supuesto, que para despertar mayor interés y entusiasmo pondré la sencillez en relación con Jesús. En el fondo se trata de ofrecer una forma de vida que dé envidia hasta a los consumistas. El Magnificat deja con esta misma impresión y horizonte; al escucharlo y orarlo más que con ganas de terminar con los opresores vienen ganas de disfrutar con la grandeza de alma de una mujer liberada y feliz. Estamos acostumbrados a que despierte envidia el consumismo. *Nos cuesta acertar a hacer y decir lo que corresponde para que la despierte un paradigma de vida sencilla y pobre.* Encontrar el verdadero tesoro es la única manera de que

La fragilidad cultural marianista está necesitada de purificación. Esta la conseguirá sólo a partir del evangelio. El Evangelio es un saber para la vida, para optar bien en las circunstancias concretas de la vida. El Evangelio está hecho a la medida de lo más auténticamente humano. Cuando esta cultura está purificada nos capacita para decidimos por lo noble sobre lo que no vale la pena, por lo digno sobre lo indigno, por lo grandioso sobre lo insignificante, por lo rico sobre lo mezquino, y de este modo despertar los grandes deseos del corazón. Así se procede cuando nos miramos a nosotros mismos no solo como una realidad menesterosa sino como alguien capaz de plenitud y de vida. Tenemos capacidades dormidas que debemos despertar y una conciencia de grandeza humana que es el verdadero umbral de la experiencia de fe.

La purificación de la cultura marianista no solo la dejará con los elementos originales y consistentes; también la dejará con pocos. Lo importante es poco. Una cultura de 200 años acumula aspectos que le quitan vitalidad; son excesivamente locales o propios de un período histórico concreto. Desprenderse de ellos le permite centrarse y concentrarse en lo que es más substancial y sustancioso. La cultura marianista, como proyecto humano y cristiano que es, tiene que acertar a eliminar de sí misma todo aquello que va encontrando en su caminar por la historia, que lejos de hacerla crecer en humanidad la disminuye y la rebaja. A las personas que lo hagan no les puede faltar una gran libertad interior. Sólo así descubrirán lo que es verdaderamente evangélico y carismático. Necesitan estar vacunados con el bacilo de un sano humorismo.

-Justificarla para valorarla

Para ello hay que acertar a decir que es necesaria e incluso indispensable. Nos sirve para estar en el mundo con la debida identidad y siendo significativos. Trae fecundidad. Una cultura nueva aparece cuando la anterior ha demostrado su esterilidad. Los buenos frutos, aún mejor que las buenas raíces, se convierten en el mejor lenguaje para hacernos entender el valor de una subcultura y para justificar su existencia y su mérito. Una cultura clara nos ayuda a ser profecía evangélica presentada en un lenguaje lleno de significado.

Es indispensable para nosotros: es lo que más nos da forma y se la da al conjunto de nuestra persona y al grupo que somos. Su ausencia nos quita valor; nos deja sin alma y sin espíritu. En el fondo, es privarnos del aire para respirar. La cultura, lo hemos dicho, lo llena todo. La cultura marianista hace marianista todo y a todo le marca con su carácter específico.

- Hacer de la cultura marianista, nuestra cultura matriz para poder subsistir y multiplicarse

Este fue uno de los desafíos que el Capítulo general de Dayton dejó a los marianistas religiosos: conseguir que sea la cultura marianista la que nos dé forma e identidad. *La formación marianista es una inculturación en esta cultura marianista.*

pierdan atractivo los tesoros secundarios o provisorios. No haremos de la sencillez, sobre todo, un principio ascético sino una expresión de fe y de confianza en Dios Padre” J.M. Arnaiz, Las sencillez, un modo de vida, Pliego Vida Nueva, 10 de julio 2001.

Se constató en el mismo Capítulo que algunos marianistas reciben su forma y están hechos a la medida de la cultura moderna o de su inmediata cultura local; no hay duda que la identificación cultural nos pide mucha atención y lucidez. *Son varias las corrientes culturales que quieren configurarnos y dominarnos. Por ello se impone hacer bien el discernimiento cultural; asumir de modo indiscriminado lo que la cultura ambiente nos ofrece puede ser suicida. No es sano, tampoco, un rechazo indiscriminado demasiado presente en una buena parte de la mentalidad eclesial actual.* El discernimiento cultural se impone y para ello la cultura marianista nos sirve de punto de referencia para filtrar aquello que contribuirá a nuestro crecimiento y desarrollo humano. Al menos de pasada sugiero algunos criterios para hacer este discernimiento cultural, mejor aún, para hacer de la cultura marianista la cultura matriz.

-Este discernimiento apunta a saber *cuál es la cultura* que realmente orienta y define nuestro modo de pensar, de sentir, de actuar y de ser. En nuestro caso debe ser la marianista.

-Importa saber responder a la necesidad de dejarnos inculturar e insertarnos debidamente en la cultura global postmoderna o local. Este movimiento es fundamental en el dinamismo de la Iglesia y de la vida religiosa actual. Pero es un hecho *que algunos se "terminan" y se agotan en esa inserción ya que quedan diluidos en esas culturas -como la sal en el alimento pero sin lograr dar sabor- y ello por falta de vigilancia.* Cuando hay inserción sin atención a la propia identidad se termina mal; se pierde la propia consistencia; se pierde el sabor y la capacidad de darlo a otros.

-En el proceso de ese discernimiento cultural debemos comenzar por "desintoxicarnos" de la que consideramos cultura dominante en nosotros; importa saber dejarla de lado y hacer las necesarias renunciaciones culturales para llegar a las buenas opciones culturales (⁵). Debemos liberarnos, sobre todo de lo que es incompatible con la cultura marianista.

-Se necesita saber presentar la cultura marianista como respuesta a las grandes necesidades y preguntas que nos acompañan constantemente. Por supuesto que ese esfuerzo de búsqueda y de encuentro se hará en diálogo con la realidad cultural que nos rodea. Quiero insinuar cómo esta cultura marianista busca sentido, pertenencia y fecundidad. Así ocurre cuando "informa":

a. La vida de fe

La cultura postmoderna con alguna frecuencia ha demostrado tener un pensamiento débil. Nos ha dejado instalados en la intrascendencia; de esa forma ha terminado de dar sentido; se ha entretenido con los "como" y con la técnica y ha descuidado los por qué y los qué. La solución de este hecho pasa por la búsqueda y el encuentro con Dios. Descubrir a Dios en la mirada horizontal hacia el mundo y descubrir el mundo en la mirada vertical hacia Dios es tarea propia de una cultura que se sustenta en una espiritualidad. En las últimas décadas la espiritualidad se ha convertido en un tema y preocupación central y no solo en el ámbito de la teología sino en la vida ordinaria y en la reflexión de las ciencias humanas.

⁵ A esta actitud se la llama **resistencia cultural**; esta resistencia lo es a una invasión cultural insana y avasalladora. Supone una decisión de no dejarse invadir por corrientes culturales invasoras. Jesús fue un radical resistente a la cultura ambiental que estaba encarnada para él en los fariseos y letrados, saduceos, celotes y esenios... El tercer fin de la Compañía de María se orienta a vivir adecuadamente esta posición contracultural.

El Wall Strett Journal afirmaba el año pasado que la espiritualidad y la búsqueda de sentido son negocios que mueven miles de millones de dólares. Las principales compañías del mundo entero comienzan a prestar atención al poder de la espiritualidad como instrumento con el que inculcar a su gente los objetivos comerciales de la empresa. Hacen todo por motivarlos con espiritualidad para que la organización sobresalga en el mercado global. La espiritualidad está presente en todo y todo se puede convertir en espiritualidad. *“El pan para mí mismo es una cuestión material; el pan para mi vecino es una cuestión espiritual”* (Nicolás Berdiaeff).

A la cultura marianista. le corresponde confesar apasionadamente el amor de Dios y generar, ambientar, motivar y acompañar profundas experiencias de Dios. La vida marianista no quiere vivir de cultura y sin fe. Aspira a ser un cuerpo disponible para multiplicar el espíritu de Jesús. Quiere preguntarse constantemente y a partir del diario acontecer: Señor, ¿qué quieres de mí en esta condición cultural concreta?

En este aspecto se han producido en la matriz sociocultural postmoderna fenómenos importantes y todos ellos de una u otra forma han confirmado un cierto desorden en el amor, una debilidad afectiva grande y una separación entre verdad y amor. A veces se encuentran personas que están llenas de inteligencia pero faltas de amor. No faltan las que no aciertan a poner junto inteligencia y afecto y por ello no aman lo que creen o no creen lo que aman. En esta misma situación cuesta tener un ejercicio sano de la afectividad. *La cultura marianista. busca convertirse en una cultura del amor ya que sabe que sólo así puede ser una cultura matriz.* En la fe del corazón junta lo que ama con lo que cree.

b. La vida de la misión

En la matriz sociocultural actual dominan corrientes que reclaman la muerte de las utopías, la experiencia del vacío, el paso del hombre politicus al hombre sicologicus. Así, de una u otra forma se llega a renunciar al carácter utópico del evangelio, a la fecundidad del misterio de la cruz, al abandono de las grandes causas sociales y al olvido de la gratuidad.

Sin embargo, cuando una cultura es matriz debe provocar procesos de cambios culturales y vigorizar a quienes la asumen; producirá un gran impacto en el sentido de pertenencia; tanto en la pertenencia eclesial como en la marianista. No nos permitirá que nos quedemos en los elementos poco consistentes y de mera apariencia o en los cambios superficiales. En ese caso permanecemos en un proceso que no es todavía de inculturación marianista. Simplemente nos adaptamos a la vida marianista. Estas adaptaciones nos llevan a parecernos al marianista pero no a serlo en su sentido pleno. El desafío es muy claro: cambiar o morir. Es la norma seguida por algunos grupos. Hay culturas que han desaparecido por negarse a efectuar los cambios que eran necesarios. En su biografía literaria, Coleridge se queja de que *“hemos encerrado nuestros conceptos dentro del cerco que hemos construido para excluir los conceptos de los otros”*.

Puede ser fatal identificarse con aspectos ya superados de una cultura, pero también es peligroso abrir las puertas a ciertos cambios que nuestra cultura no está preparada para afrontar. Es importante darse cuenta que determinadas facetas de una cultura ni pueden ni deben cambiar. Forman parte de lo que se llama “estabilidad cultural”. En el caso de la cultura marianista esa estabilidad vendría dada por el disco duro, el núcleo del carisma del Fundador. Desde ahí se sacan los elementos misioneros o de expansión del mismo. Esa misión es tarea pero, sobre todo, es talante expansivo y multiplicador.

- Generar cultura marianista para generar vida marianista

No hay protesta sin propuesta. La Familia marianista puede ofrecer su grano de arena para lograr una cultura renovada que en expresión de Sollicitudo rei socialis debe llegar a ser una cultura solidaria, fraternal y liberadora (SRS, 28). La cultura no viene de Dios. Ni de la naturaleza; de ella se distingue bien claramente. Es obra de la persona humana y podemos “producirla”, crearla, generarla. Se trata de encontrar la veta cultural a nuestro carisma, a nuestra espiritualidad y desarrollarla.

La vida marianista de hoy se debe convertir en taller de una cultura nueva. La manera de generar cultura es inculturar un carisma en diversos contextos culturales y en personas nuevas. Cada nuevo miembro de la Familia marianista es, en cierto modo, su fundador; es una versión original de esa cultura. Cuando se vive el propio carisma y se llega a identificar el núcleo cultural del mismo se puede aspirar a generar cultura. Cuando se da esta asimilación fundamental no existe el problema de tener que asumir lo que es diverso.

La cercanía sencilla a lo cotidiano y la encarnación en lo concreto facilitan la *recreación cultural*. Lo cotidiano ayuda a llegar a lo concreto y a descender de lo abstracto. Nos hace poetas y artistas. Nos provoca nuestra fuerza creadora y nos lleva a engendrar y a dar a luz nuevas expresiones de la cultura marianista.

- Transmitirla para implantarla

Para ello la asimilación y la formulación son requisitos previos. En la transmisión juega un papel importante la educación, el uso de los MCS, el lenguaje, la formación, y sobre todo, el testimonio de las personas. La cultura marianista tiene que ser cada vez más narrativa y para ello debemos acertar a hacer de la teología biografía. Se tiene que partir de la experiencia que es una de las realidades más oscuras pero más recorridas. El seguimiento de Jesús modela el pensamiento. La transmisión verdadera; supone la *iniciación* en la cultura y la iniciación auténtica pasa por los testimonios de vida.

Estas tareas las realizaremos de una manera adecuada a partir de una *fe experiencial y narrativa* en la que la fuerza se pone menos en los argumentos-incapaces tantas veces de convencer-que en una fe narrada como experiencia propia y que actúa por la caridad. Una *fe inculturada se toma en serio el pluralismo y una fe dialogante y modesta renuncia a la prepotencia fundamentalista y se vive como experiencia de gozo*.

Para realizar esta tarea se necesitan instrumentos. Uno muy importante sería algo similar a los retiros ignacianos. Es decir, una experiencia donde aflore fuertemente la experiencia fundante de la Familia marianista y deje marcadas las personas con una forma marianista de ser, de pensar, de sentir y de actuar. Elaborar este instrumento es una tarea en marcha. Pero este medio es indispensable para transmitir la cultura desde su verdadera fuente, la espiritualidad.

Esto es algo de lo que hay que hacer con la cultura marianista. Hay que llevarlo a cabo con “nuevo ardor, nuevos métodos y nueva expresión”. Así calificó Juan Pablo II lo específico de la tarea de la Iglesia de cara a una nueva evangelización. Así tiene que ser la tarea de trabajar por la cultura marianista. El ardor nace de una comunidad convertida que redescubre la fe y la ofrece con entusiasmo. Los métodos no consisten tanto en los medios técnicos contemporáneos cuanto en la propuesta humilde del evangelio. Su fuerza no

reside tanto en las circunstancias favorables como en el poder del amor salvador de Dios. La nueva expresión reclama algo más que poner al día nuestro vocabulario como veremos luego. Supone en nuestro caso, anunciar, presentar y transmitir la cultura marianista en un lenguaje que exprese al mismo tiempo nuestra experiencia de Dios y nuestra sintonía sincera, abierta, aunque crítica con el mundo presente.

Para que todo esto se haga con gusto y con ganas, la cultura marianista tiene que ofrecernos y ofrecer una lúcida razón de ser. Es lo que nos permite soñar y mantenernos despiertos. Nos lleva a congraciarnos con la vida y a transformar el vacío nocturno, que no falta en nuestras personas, en un espejo donde se reflejan todos los grandes anhelos del espíritu, del alma y del cuerpo. Nos hará cantar y llorar y, sobre todo, escuchar y mirar hacia delante⁶.

Cuando la cultura marianista entra en las entrañas de la persona se recrea el sentido de pertenencia, de estar en casa y de ser parábola. Un grupo como el marianista, integrado por personas de diversas culturas, solo puede vivir la comunión y la participación desde una profundización seria de las diversas pertenencias de sus miembros. Los sociólogos que estudian los distintos grupos humanos, familias, sindicatos, clubes, observan que en nuestros días los vínculos son débiles y de poca duración. Robert Wuthnow llama “pertenencias porosas” a las vinculaciones débiles que se establecen alrededor de necesidades específicas y con proyectos de corta duración y no crean vínculos de por vida. Hay que conseguir que el carisma y la cultura de la familia espiritual unan. Hay que lograr que articulen y recreen la fuerza de pertenencia de las personas en torno a un núcleo fundamental que permita establecer armonía, sentido y satisfacción interior. Este núcleo es la vocación y la fuerza carismática que llega a aglutinar en torno a una escala de valores. Suele decirse que una más el pasaporte que el carisma. No debería ser así.

Cambia mucho la cultura de una Familia religiosa cuando sus integrantes viven desde la gratitud la experiencia de haber recibido miembros de diversa condición pero profundamente coincidentes en el mismo proyecto de vida. Cuando este hecho lo celebran y lo traducen en verdaderos gestos de aprecio esto es un buen signo. Los “hermanamientos” de colegios, de parroquias, de comunidades van en esta misma dirección. Cuando esto ocurre la casa se hace hogar, el mejor lugar para la ida y vuelta de un fecundo intercambio de dones.

- **Atreverse a proponer los grandes elementos del humanismo marianista**

*(...) Todos nos movemos por la misma motivación fundamental y tenemos los ojos puestos en el mismo objetivo: **un verdadero humanismo**, que reconoce en el hombre la imagen de Dios y quiere ayudarlo a realizar una vida conforme a esta dignidad" (Benedicto XVI. "Dios es amor", nº 30). Estas palabras del Papa Benedicto XVI resumen el espíritu que animó estas reflexiones y el gran deseo de un nuevo humanismo marianista situado en la cultura de nuestro tiempo. En cada paso que hemos dado se puede ver la permanente preocupación por un auténtico progreso del hombre, de la sociedad y de la educación que asume ese gran desafío, como hilo conductor que atraviesa toda la reflexión. Con este espíritu, nos sentimos llamados a vivir la fe como*

⁶ “Cuando estés triste ponte a cantar.
Cuando estés alegre a llorar.
Cuando estés vacío, de verdad vacío,
ponte a mirar” (J. Sabines)

marianistas en la vida ciudadana a favor de la justicia y de la verdad, de la libertad y la solidaridad. Creemos que promover el despertar de un verdadero humanismo, debe ser el objetivo central de nuestro pensamiento y nuestra acción en la familia marianista, en la Iglesia y en sociedad. Ese humanismo nos anima y orienta en nuestra presencia y acción como personas, como creyentes, como marianistas y como ciudadanos. Deseamos reafirmar así nuestro deber y nuestro derecho de vivir el Evangelio sirviendo a la persona humana y a la sociedad.

Los marianistas partimos *desde esa opción de fe para llegar a una renovada presencia en la vida pública*. Entre nosotros todo comienza con esa renovada fe en Jesucristo, nuestro maestro de comunión y servicio. Debemos tener siempre presente que *"nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo"*⁷ y para ello necesitamos *"cultivar una auténtica espiritualidad laical, que nos regenere como hombres y mujeres nuevos, inmersos en el misterio de Dios e incorporados en la sociedad (...) Es una espiritualidad que rehuye tanto el espiritualismo intimista como el activismo social"*⁸, ya que según como vivamos nuestra fe, así también será nuestro testimonio en la vida pública.

La calidad y el respeto a la persona humana estará en el centro de nuestro caminar. Creemos que la promoción de una nueva cultura del respeto a la persona humana en todas sus dimensiones, es el mejor aporte que los marianistas podemos realizar en tiempos donde el destino de la humanidad se ha tornado muchas veces irrelevante o incierto. Vivimos una cultura que tiende a la deshumanización. Ante estos desafíos, el creyente no puede permanecer callado o indiferente; una vez más tiene que reafirmar su opción, su pasión por la persona humana, en especial por los pobres, débiles y sufrientes, poniendo una especial atención en las nuevas formas de pobreza: *"en realidad, este estupor respecto al valor y a la dignidad del hombre se llama Evangelio, es decir Buena Nueva. Se llama también cristianismo"*⁹. Creemos que es hora de volver a encarnar en la realidad aquellas palabras del Papa Pablo VI *"todo lo que es humano tiene que ver con nosotros"* y ello se debe traducir en un nuevo estilo de vida que promueva una cultura más humana, más cristiana y más marianista. Hoy están plenamente vigentes las enseñanzas del Concilio Vaticano II: *"es la persona humana la que hay que salvar, y es la sociedad humana la que hay que renovar"* (Gaudium et Spes, n° 3)

Nuestra opción, también es por la comunidad. Por comunidad se entiende la institución familiar, las comunidades diversas de la Familia marianista, de las obras. Para educar a una persona se necesita una tribu, dicen en África. Para educar a una persona se precisa el grupo unido y transformado en comunidad. Con Juan Pablo II queremos que "el deseo resurja o se refuerce a cada nivel y el compromiso de todos por sostener la familia, para que también hoy -aún en medio de numerosas dificultades y de graves amenazas- ella se mantenga siempre, según el designio de Dios, como 'santuario de la vida'". Pero esta preocupación se debe extender a todos los diversos grupos en los que participamos: *"es imposible promover la dignidad de la persona si no se cuidan la familia, los grupos, las asociaciones, las realidades territoriales locales, en definitiva, aquellas expresiones agregativas de tipo económico, social, cultural, deportivo,*

⁷ Documento de Puebla, 476

⁸ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n° 545

⁹ Juan Pablo II. "Redemptor Hominis", n° 10

*recreativo, profesional político, a las que las personas dan vida espontáneamente y que hacen posible su efectivo crecimiento social"*¹⁰

Un nuevo humanismo marianista está en gestación porque la cultura que nos rodea pide novedad y profundidad. Esta propuesta es la gran causa que nos debe movilizar en forma constructiva y creativa a los marianistas. Ello forma parte de nuestro desafío cultural: *"la recepción del mensaje de Cristo suscita así una cultura, cuyos dos constitutivos fundamentales son, a título radicalmente nuevo, la persona y el amor (...) Cristo es la fuente de la civilización del amor"*¹¹. Ante los desafíos del cambio de época, deseamos ser *"discípulos y misioneros de Jesucristo"* en la cultura de nuestro tiempo, sabiendo que *"es mejor evangelizar las nuevas formas culturales en su mismo nacimiento y no cuando ya están crecidas y estabilizadas"*¹².

Necesitamos promover una cultura más humana, más cristiana, más marianista porque observamos signos culturales donde muchas veces se promueve el aislamiento, el individualismo, el consumismo, la pasividad y la indiferencia ante el destino de la persona humana. Muchos de nuestros contemporáneos sienten que su propia vida no tiene sentido y no logran tener proyectos más allá del día de hoy y por ello se ha desdibujado todo proyecto comunitario. Observamos que está seriamente dañada la capacidad relacional y la dimensión trascendente y social de la persona actual y se ha perdido el sentido de la convivencia humana y del futuro común. Ellos son serios obstáculos para una plena participación en la sociedad civil y en la política, en la vida de la Iglesia y de la Familia marianista. Por ello debemos contribuir a superar desde el pensamiento y la acción, y con adecuados testimonios y reflexiones el efecto de las causas que limitan un pleno compromiso ciudadano y cristiano. Nos preocupa que la deshumanización de la cultura, pueda llevar muchas veces a la deshumanización de la política, de la educación y de la fe cuando se considera a las personas -especialmente a las más pobres, débiles e indefensas- como manipulables y descartables y cuando no llegan a vivir conforme a su dignidad de hijos de Dios.

El criterio de la fe, el amor y la solidaridad debe predominar. Muchas veces observamos una ausencia de responsabilidad del hombre hacia sus semejantes. Es necesario crear las condiciones culturales para disponer a la persona a la fe, al amor, a la solidaridad y al servicio: *"el amor se convierte en el criterio para la decisión definitiva sobre la valoración positiva o negativa de una vida humana"*¹³. Asimismo valoramos como *"fenómeno importante de nuestro tiempo el nacimiento y difusión de muchas formas de voluntariado. Esta labor tan difundida es una escuela de vida para los jóvenes que educa a la solidaridad y a estar disponibles para dar no sólo algo, sino a sí mismos"*¹⁴. Transmitir la belleza, la alegría y el lenguaje del servicio gratuito es la mejor forma de comunicar el Evangelio en la cultura actual, especialmente a las nuevas generaciones: *"se puede legítimamente pensar que la suerte de la humanidad futura se encuentra en manos de quienes sepan dar a las generaciones venideras razones para vivir y para esperar"*¹⁵

¹⁰ Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, n° 185.

¹¹ Pontificio Consejo de la Cultura. "Para una pastoral de la cultura", n° 3

¹² Documento de Puebla, 391 y 393

¹³ Benedicto XVI. "Dios es amor", n° 15

¹⁴ Benedicto XVI. "Dios es amor", n° 30

¹⁵ Gaudium et Spes, n° 31

Para reflexionar y compartir

Profundizando en la cultura marianista

Para profundizar y aproximarse más a la cultura marianista es bueno hacer las preguntas que nos permitan establecer un diagnóstico, un proyecto alternativo y unos planes de acción y tareas. La mediación de la práctica es indispensable; con ella nos establecemos metas a largo o mediano plazo. Pero antes de llegar hasta ahí tenemos que prestar atención a los antecedentes que nos permiten proyectarnos debidamente.

Todo esto puede llevarnos al comienzo de un nuevo período histórico o nueva etapa de la cultura marianista.

Al avocarse a la respuesta de estas preguntas claves es bueno hacerlo en sus diversas dimensiones o niveles: el nivel personal, local, nacional e internacional o global.

La tres preguntas importantes serían:

1. ¿Cómo es la cultura marianista?
2. ¿Cómo debería ser?
3. ¿Qué puedo hacer yo para...
 - identificarla
 - purificarla
 - asimilarla
 - enriquecerla
 - transmitirla
 - implantarla
 - cambiarla?
4. ¿Es mi cultura matriz?
5. ¿Qué he hecho yo para que sea mi cultura matriz?

Capítulo VIII

Pensando en una alternativa

Delante de cualquier tema podemos echar una mirada retrospectiva y contemplar lo pasado o una mirada contemporánea y prestar atención a lo que sucede ahora, a lo que nos acompaña. También podemos tener una mirada prospectiva y tratar de situarnos en el futuro, en lo que nos espera o en lo que queremos hacer. En esta perspectiva nos situamos en este capítulo en relación con la cultura marianista.

Lo que es en sí misma una Familia eclesial, como la Familia marianista, lo dice su propia historia. Sobre el presupuesto de su pasado y de su presente se fundamenta la certeza de su futuro, a pesar de sus dificultades de diverso tipo y que se pueden encontrar en cualquier cuadrante del mundo. Si se carece de una visión adecuada de la propia historia, de sus complicaciones, de su cultura y de sus realizaciones estas dificultades podrían incluso llevarla a desaparecer como ha ocurrido en algunos casos en el pasado. En la película “Lutero” de Eric Till, Johann von Staupitz le dice a Lutero: “*Yo esperaba que reformaras la Iglesia, no que la destruyeras*”. Le hace ver que lo correcto es construir desde lo bueno y no a partir de lo que está mal. Es un juicio lúcido que no cuestiona las razones originales de la necesaria reforma de la Iglesia pero sí su método, marcado por un subjetivismo radical. En realidad, este buen Agustino le recuerda al “Reformador” que no se ve clara la alternativa que ofrece. De todas formas, no hay duda que la Reforma protestante tuvo y tiene alternativa; pero el comentario nos sirve.

Para ofrecer alternativa a un grupo, el marianista, que necesita una, también se ha escrito este libro. *La Familia marianista en este momento necesita una conciencia más viva de su cultura de grupo, de su identidad, de su fuerza carismática expresada en canto, en actitudes de vida, en forma de oración, en calidad original de relaciones humanas.* La precisa para crecer y contagiar fe en el contexto actual; y para que sea una fe para amar más. *En estas páginas hay una mezcla de experiencia, de memoria y de provocación a la utopía y de propuesta alternativa.* El genio marianista tiene que liberarse y crear. Crear es lo que ha hecho con unas sencillas canciones como las que tenemos en el DVD *Nacidos de Mujer*, producido por el conjunto Kairoi pero fruto de un grupo de marianistas o con una editorial como el Grupo SM. Son unos estupendos productos del espíritu marianista de una comunidad globalizada que sabe situarse con valores marianistas en un mundo globalizante. No se querría que faltaran las mediaciones concretas que permiten la buena iniciación en esta cultura y el compromiso por lo concreto y al mismo tiempo por lo esencial. Sí se querría que estas mediaciones se multiplicaran.

De una u otra forma la vida marianista es nuestro filtro de la cultura actual. Ella nos lleva a pasar las múltiples manifestaciones culturales de nuestro tiempo por el tamiz de validez absoluta que es el de la Palabra de Dios escuchada con la actitud sencilla de María. Las cosas se entienden mejor cuando se encarnan. Para la cultura marianista ese principio es fundamental. *Por este motivo, la figura de María, mujer consagrada al servicio de Dios y de los hombres, es más elocuente que la teoría para enseñar y educar en audacia, lucidez y fidelidad.* Después de haber estado al pie de la Cruz, haber convivido con Cristo resucitado y vivido el primer Pentecostés María puede transmitir, como por contagio, este espíritu de valentía y de sabiduría que necesitamos hoy. María ha dejado huellas indelebles

en la cultura marianista. Algunos se han atrevido a llamarla “maestra de valores”¹⁶. Esa cercanía a María evita que esta cultura y las personas en ella formadas sean simples azucarillos que se disuelven en el agua, en vez de levadura que hace fermentar la masa.

Esta alternativa se necesita ya que no podemos menos de hacernos esta pregunta: ¿Por qué somos pocos los marianistas en el mundo? ¿Por qué estamos necesitados de más intensidad en nuestras vidas y de mejor foco o focalización para lo que somos y hacemos? No es fácil encontrar una respuesta, pero no debemos dejar de buscar la mejor. ¿Está relacionado con la calidad de esta alternativa? ¿Por qué no somos mejores y más significativos en este momento en la Iglesia y en la sociedad?

Esta alternativa pasa por hacer de la cultura marianista la cultura matriz, la cultura que da marchamo y deja impronta. Esta propuesta es enormemente revolucionaria para nuestro diario vivir. *Nos exige vigor interior y fuerza creativa para identificar bien esa cultura marianista*. Formularla adecuadamente supone especificar nuestro original modo de relacionarnos con Dios, con nosotros mismos, con los demás y con la naturaleza. Este vigor se expresará en frutos culturales concretos, es decir, en nuestro arte, nuestros comportamientos, fiestas, costumbres, trabajos, organizaciones, lenguaje... Pero sobre todo, se expresará en nuestra misión, espiritualidad, relación con María, experiencia de comunidad, compromiso sociopolítico. Este vigor renovado nos permite recomenzar siempre.

- Tomar conciencia de estar tensionados

Es bueno tomar conciencia de que nos encontramos tironeados por la doble cultura: la cultura ambiental, la “adveniente –y ya llegada- cultura universal” y la marianista. Con alguna frecuencia hay tensión entre ambas. Y con frecuencia terminamos dejándonos guiar y dominar por la ambiental. Sin embargo, nos corresponde asimilar la marianista y desde ella inculcar “el virus marianista” a la cultura ambiental. Pero para que eso sea posible tenemos que saber responder bien a esta pregunta: ¿Qué fuerza tiene en nosotros la cultura marianista? ¿Estamos dispuestos a tomar la forma que esta cultura nos pide? ¿Hasta qué punto seguimos las ideas y los comportamientos de la cultura dominante ambiental¹⁷? ¿Estamos dispuestos a generar desde dentro de esta cultura ambiental una subcultura nueva, la marianista?

Para ello no se necesita optar por el pasado, ni rechazar los medios y el progreso ni idealizar la cultura popular. Se trata de apuntar hacia una cultura de la solidaridad donde a nadie le falte lo necesario; de la adoración donde Dios tenga “el” espacio y se le ofrezca un culto en verdad y libertad; de la fraternidad donde se incluye todo y todo se amalgama en el amor. Para ello, se precisa ofrecer una formación basada en la sencillez, la fraternidad y la plegaria.

- Una cultura hecha de convicciones

En el punto de partida debe quedar clara una: sin fe, la vida marianista y la de cada uno de los integrantes de la Familia marianista sería todo más difícil; más aún, no tendría sentido.

¹⁶ St De Fiores, María, síntesis de valores, historia cultural de la mariología, Ed. Sao Paolo, 2006 Roma

¹⁷ La cultura dominante en el mundo contemporáneo es la cultura de la sociedad técnico digital avanzada y globalizada.

La fe nos da fortaleza y armonía. Pero una fe que asume riesgos¹⁸. Es el alma de todo; de ella nos vienen principios básicos de ser y de acción. *Esta cultura está necesitada de personas grávidas de Dios y apasionadas por la humanidad de Jesús*. La vida marianista sólo si es seguimiento radical de Jesús y vive una auténtica fascinación por él, se convertirá en una profecía cultural; no lo dudemos. Así anunciará los valores del Reino y los testimoniará. Sabrá por qué existe en medio del mundo y de la Iglesia. Más aún, se convertirá en un modelo inspirador de una vida llena de significado para el hombre moderno. Este modelo tiene sentido y al mismo tiempo incluye expresiones radicales como la koinonía fuertemente vivida, la confesión martirial de Dios por la fe y la justicia y el servicio a los pobres. Evocará por si misma “recuerdos peligrosos” que ayudarán a perder la vida para ganarla. Si no conocemos a Cristo Jesús podemos ser expertos en la cultura de nuestros días, ocupar un puesto elevado en el mundo eclesiástico, pero sin conocer la materia de la que hablamos nuestra misión no producirá ningún fruto. *Lo más importante de todo es que sepamos muy bien qué decimos cuando hablamos de Jesús*. Si Cristo no es el centro de la existencia humana no hay esperanza para las personas, para el mundo y menos para la Iglesia. Ello supone enraizar nuestra vida en la fe. Lo cual lleva a la primacía de Jesucristo en nuestras vidas personales y en el testimonio de nuestro mensaje. Mensaje que se resume fácilmente en esto: “nuestros corazones están inquietos hasta que no descansan en él”.

Pero esta primacía no es algo automático. No podemos olvidar que a la sociedad posmoderna le conviene hacer invisible la religión y de un modo especial la católica. Nuestro problema no es que seamos minoría, que por lo demás no lo somos tanto, sino haber llegado a ser marginales o irrelevantes. *Hoy más que nunca se necesitan cristianos que no vayan por la vida con mística de perdedores sino que con palabras y gestos coherentes recuerden a la sociedad que Dios existe y que transmitan con alegría a las nuevas generaciones la dimensión pública de nuestra fe*. Los beneficios de nuestra fe deben soportar la fatiga de defenderla desde el testimonio, la pasión y la radicalidad.

Otra convicción que hay que crear en cada uno de los integrantes de este nuestro grupo es la siguiente: Dios me ha elegido y llamado para realizar una misión importante y debo responder a su llamada. *Esta conciencia de vocación, de llamada, de misión es indispensable*. Nuestra cultura está necesitada de personas llenas de convicción, la que da una llamada. La pasión por Cristo y pasión por la humanidad nos debe acompañar por todas partes.

De esta convicción se deduce otra más. La sociedad está más necesitada que nunca de lo que la Familia marianista le puede ofrecer. *Pero la Familia marianista tiene que ser más clara y lúcida en lo que ofrece*. Necesita organizarse para hacerlo. No resulta fácil, pero es un estupendo desafío. Pablo VI dejó claro en la EN que el evangelizador tiene que comenzar por ser evangelizado, pero una vez que está evangelizado tiene que evangelizar. Del mismo modo, el marianista, que posee misión y mensaje que ofrecer, necesita empezar por penetrarse profunda y continuamente de la realidad que predica.

La misión de los marianistas no es otra que revitalizar la experiencia carismática del P. Chaminade centrándose más sobre el ser que sobre el hacer, sobre las relaciones cuidadas que sobre las actividades, que no tienen por qué ser descuidadas, pero tampoco

¹⁸ A. González Paz, Una fe que asume riesgos, La vida religiosa marianista. SPM. Madrid 2005

absolutizadas. Para lograrlo se precisa inscribir la espiritualidad marianista y nuestro carisma en la realidad sociocultural de cada día.

Para llegar a esta meta la exigencia es grande. Pasa por una refundación que lleva a asumir sus valores fundamentales e incorporarles en el diario vivir de un modo vivo y creativo. La formulación de la cultura marianista debe ayudar a precisar esos valores y a indicar el modo de actuarles. Dicho con otras palabras y con otra autoridad la comunidad marianista se da cuenta que *se han agotado los modelos analógicos que servían de referencia y no le queda más alternativa que crear uno nuevo*¹⁹.

Los marianistas nos sentimos orgullosos e interpelados por las grandes intuiciones de nuestro Fundador y de los mejores hombres y mujeres de nuestra historia. Nos sentimos responsables de seguir adelante con el espíritu que él nos dejó. Responder a esas intuiciones y a ese espíritu no es fácil. Supone entrega y riesgo. A veces un salto en el vacío. Quedarse al borde sería una falta de confianza en el valor de esas grandes convicciones que en el fondo son confesiones de fe. El mejor modo de mantener vivas estas intuiciones en los días que corren sería pasar a las convicciones y de éstas a la acción. Una de las grandes intuiciones del marianista es la siguiente: *existe en todos nosotros la posibilidad de liberar el fondo de bondad del ser humano*. Así cada uno de nosotros se convierte en terapia para el otro, en bendición para los demás²⁰.

Otra gran intuición y llena de sabiduría es que la verdadera tolerancia exige tener convicciones. Estas son muy valiosas para el marianista. Hoy en nombre de la tolerancia se prohíben las convicciones. Con alguna frecuencia, cuando una persona manifiesta una convicción firme, se le llama intolerante. En el fondo, Nietzsche tendría razón: “Si Dios no existe, entonces no existe la verdad”. Lo que habría entonces sería perspectivas individuales, pero no un ideal común, válido para todos, capaz de arrastrar a los demás al servicio generoso.

- Convicciones que llevan a una propuesta

Quien no vive como piensa, terminará pensando como vive. La superación de nuestra crisis y de nuestro problema de fondo depende de nuestra capacidad para ofrecer una alternativa y una propuesta actual y creíble al mundo que nos rodea. Hemos perdido nuestra conciencia de pertenecer a unas determinadas tradiciones, nos hemos quedado sin perspectivas y horizonte. Estamos acostumbrados a vivir de lo que sucede, de las opiniones impersonales, de lo que oímos de un modo repetido e insistente. Así, poco a poco, acabamos por endurecer la conciencia hasta convertirla en un espejo que nada absorbe y que todo lo refleja de un modo admirable. Y lo que tuviera que convertirse en un filtro que

¹⁹ “Con la progresiva aceleración del tiempo histórico, el pasado, el ante, ya no logra coagularse en una experiencia adecuada del presente. Y el futuro, el post, agotados los modelos analógicos que servían de referencia, resulta difícil no solo prever, sino incluso imaginar” (R. Bodei, *La speranza dopo el tramonto delle speranze*, Il Mulino, 1990, Roma)

²⁰ No hay duda que es Cristo el que ha venido a liberar el fondo de bondad de la persona humana que el mal se empeña en devorar u ocultar. Lo que atormenta actualmente a las personas no es la culpabilidad. Con frecuencia se afirma que se ha perdido el sentido del pecado. Pero, por el contrario, bien podemos decir que se ha conservado la nostalgia de la bondad. .. Estamos llamados a revelar, despertar la bondad que duerme en el corazón humano. Se trata de que la bondad triunfe. Para ello hay que luchar para romper la capa de violencia y desesperación que lleva a agonizar a los hombres.

discerniera la variada producción de los pensares y decires, se va convirtiendo en una pantalla que reenvía la figura del mundo. Las convicciones es lo único que nos saca de un presente que nos rodea y agobia y de nosotros mismos.

El punto de partida de esta alternativa es el nuevo tipo de persona humana que rompe la tradición y muestra su escepticismo frente al hombre primitivo, al hombre religioso, al homo sapiens de la ilustración, al *homo faber* de antaño, al *homo psicologicus* de hoy. Rompe y crea. Crea las personas en soledad y en red, las personas interrelacionadas, interactivas, interculturales, interreligiosas, intercomunicadas. Son unas personas lúdicas, vitales, concretas, posibilistas, estéticas, solidarias, creyentes. Les gusta la experiencia, la emoción y el futuro desafiante. No son ni Prometeo ni Narciso²¹.

Es fuerte la tendencia a habitar en la relación, en los pronombres, en la Trinidad y en la fusión con aquel al que se quiere. La relación es el origen y el principio. El encuentro lo es todo, La esencia de cada uno toca la del otro. Vivimos en relación con la naturaleza, con los otros hombres y con lo divino. Tenemos el corazón y la mente religados a esas relaciones originarias, pero también de destino y de finalidad. Nazco de otros y crezco con otros. El otro es parte de mi mismo. La relación es una realidad radicalmente humana. Estamos ante un paradigma nuevo y alternativo²². Son muchos los paradigmas perdidos.

Del paradigma podemos pasar al perfil. El perfil del marianista que ofrece una propuesta concreta está hecho de tres notas: *fidelidad creativa, lucidez y audacia*. Solo es audaz el que vive con lo poco y en lo sencillo. La audacia pasa por una fe que asume riesgos. Es virtud de buenos inicios. Audazmente se debe proceder en relación con la cultura actual y al interior de la cultura marianista. Solo con audacia se sitúa uno bien al interior de la cultura marianista. La timidez y el miedo paralizan la vida. Necesitamos audacia, la virtud que supone la fortaleza cristiana con la que se supera el mal que se pone por delante y que obstaculiza el bien (Mc 15,43).

El lúcido toma como criterio de vida el evangelio. La palabra del Señor le inspira, le guía y le ilumina. Se necesita lucidez ya que la cultura actual se la identifica con la duda, la sospecha, la confusión y, en el fondo, con la oscuridad. Se necesita de la lucidez para no equivocarse y sobre todo para actuar con convicción. La fe nos deja con la sabiduría del corazón que nos permite intuir y elegir lo que es recto. El buen discernimiento, tanto personal como comunitario, nos llena de luz. El discernimiento cultural no solo es cuestión de agudeza teológica o moral sino de amor de Dios, de nueva conciencia y de iluminación. Para llevarlo a cabo no nos puede faltar la luz que viene del Espíritu. Un principio clásico del comportamiento marianista nos recuerda que la esperanza es madre de la audacia: *spes mater audaciae*. En esta misma tradición la audacia y la sabiduría han ido de la mano.

La fidelidad nos permite alimentarnos con los mejores humus que nos ofrece la tierra marianista y por largo tiempo. No partimos de cero en nuestro modo de proceder de hoy día. Tenemos pasado. No nos faltan raíces. Estas son profundas cuando no nos falta la interioridad y la trascendencia, la amistad y la comunión, la acción y la caridad pastoral. La cultura ambiente no está haciendo al hombre y mujer de nuestros días feliz y tampoco fiel, y por supuesto le está privando de la fecundidad. A las tres lo que mejor les mantiene y

²¹ G. Lipovetsky, La era del vacío, ensayos sobre el individualismo contemporáneo, Barcelona, Anagrama, 1986, p 13

²² Paradigma es “una constelación general de convicciones, valores, modos de proceder que están compartidos por los integrantes de una determinada comunidad” (Th. S. Kuhn)

sostiene es el proceder alternativo, las causas nuevas por las que hay que luchar y vivir²³. No se puede ni se debe aceptar como inevitable nuestra disminución numérica y cualitativa y la pérdida de posiciones y menos verlo como un designio de Dios. Son tiempos para la audacia.

La vida marianista es un proyecto que trata de encarnar un mundo de valores alternativos a los que son dominantes para ofrecer esperanza y liberación a todos. ¿Cómo se hace y se consigue esta meta? Proponiendo que en la nueva cultura y la vida marianista se implante más como una semilla que como un modelo de vida global.

- Los grandes animadores de esa cultura

Para poder hacer este camino, para asumir y lanzar esta alternativa necesitamos identificar la cultura marianista y, una vez más, convertirla en la cultura matriz, en útero de vida marianista revitalizada. En este momento histórico estamos desorientados frente al contexto cultural en el que nos encontramos insertos.

A esta cultura marianista hay que acertar a *descubrirle el encanto que tiene*. Se puede convertir en poema, en música nueva y en danza renovada. Para ello tiene que acertar a responder a las preguntas que oscuramente y sin formularlas se hacen muchos hombres y mujeres en nuestros días. Tiene que ayudar a ignorar menos. Dicho desde el entusiasmo carismático marianista, esta cultura tiene que ser un homenaje a la palabra, a la acción, al compromiso, a las actitudes sanas, al perdón y al agradecimiento. Lo bien dicho nos seduce cuando dice algo interesante. Interesante tiene que ser esta cultura.

Los y las grandes líderes revelan y evocan este encanto. Por ello no pueden faltar. ¿Cómo describir a los líderes que conducirán el movimiento cultural de la Familia marianista? ¿Cómo motivarles? Estos hombres y mujeres serán aquellos que irán por delante para explorar el terreno y regresarán para animar a los Israelitas a ir al país que el Señor les habrá preparado (Núm 14, 5-10). Son las personas de las que tiene necesidad la Familia marianista. Los procesos culturales pasan por el caos antes de que llegue el éxtasis de la creatividad. *Para entrar en esta etapa de revitalización se precisan verdaderos refundadores: personas que tienen la intuición del misterio de la vida marianista y de ella viven*; verdaderos agentes de cambio que crean los símbolos que provocan admiración y esperanza en la vida marianista; que presiden ritos que en el fondo son una celebración de la vida; que saben anécdotas y tienen las visiones que mueven a la acción; que descubren los mitos con los que se explica el origen "divino" y humano de la vida marianista y los cuentan. Estos están convencidos que el momento más auténtico de vida marianista se vive cuando los marianistas sólo se sustentan en el Señor.

En una palabra, creen en la vida marianista y confiesan su fe y su esperanza en ella. Viven y testimonian un nuevo modelo en el que se juntan motivaciones, actitudes y acciones concretas que ayudan a ser y a proceder de manera distinta de la existente hasta ese momento. Son conscientes que animar la vida marianista en este momento no siempre es recibir ánimo de los demás. Con mucha frecuencia es darlo. En una palabra, estos refundadores tienen carisma para esta tarea.

²³ "El amor a la verdad busca la contemplación; la necesidad creada por la caridad impone la actividad justa" (San Agustín La ciudad de Dios, 19,19)

Personas con este talante las hay en la Familia marianista; de vez en cuando el Señor suscita algunas. El Señor las “unge” para esta tarea. Hay que saber descubrirlas. Es lo que se hace, a veces, en un buen proceso de elecciones de un Capítulo general o de una Asamblea. En tiempos de refundación el servicio de la animación y del gobierno pide personas marcadas por la clarividencia, la humildad y la compasión.

Para la exhortación apostólica postsinodal de la Vida Consagrada los grandes renovadores de la vida religiosa han sido santos (VC 35). Ellos han sabido iniciar y proseguir procesos de renovación. Santo debe ser el que inicia una refundación. Pero para encontrar mejor y más fácilmente lo que se necesita, importa conocer el perfil de estas personas. Para ello y para que nadie tenga la osadía de creerse o de llamarse refundador o refundadora brindo uno que he ido construyendo a partir de las diversas sugerencias que he ido recibiendo. Lo hago, también, para que reconozcamos que todos podemos colaborar en esta etapa decisiva de la historia de la Familia marianista, porque en todos nosotros hay semilla de fidelidad creativa que transforma la realidad. No hay duda que en algunos se ve más y mejor el fruto y la capacidad de liderazgo para tiempos difíciles. Los verdaderos refundadores:

- Intuyen el desfase entre realidad y Evangelio e intuyen los caminos prácticos para superar ese desfase. Perciben que algo no va.

- Se embeben en el carisma fundacional y saben inspirarse en lo mejor de la tradición del Instituto; al presentarla no la repiten, la recrean

- Tienen ya una visión del futuro de la Vida marianista y de modo más concreto del propio Instituto. Es en cierto modo escatológica, y de ella sacan mucho dinamismo y originalidad. Proceden como si vieran lo invisible.

- Viven cerca de los pobres. Saben que es con ellos que se puede hacer luz sobre este nuevo camino.

- Reciben especiales dones del Espíritu Santo: alegría, paz, paciencia, bondad, cordialidad, sabiduría... (Gál. 5,22). Se descubre fácilmente en ellos un profundo sentimiento de compasión. No les falta el don de la profecía y por ello llegan a abarcar a Dios y a la humanidad y en un mismo pensamiento y momento.

- Son personas que perciben las transformaciones profundas a nivel de la cultura y descubren que es necesario abrirse a ellas con una mirada profunda y con una actitud de apertura y de diálogo; logran ver en la realidad que les rodea las semillas del Reino y también los importantes obstáculos para que ese Reino sea una realidad.

- Estas personas se orientan hacia el futuro. Conocen el pasado pero confiados en Jesús y en la Iglesia se lanzan a la aventura del futuro con una esperanza que es más que entusiasmo, ya que es tan necesaria como el aire que se respira.

- Son capaces de hacer las transformaciones en profundidad pero sin entrar en conflicto abierto o velado con la Familia marianista o la Iglesia. Transforman por dentro y se adaptan por fuera. La fuerza para hacerlo se confunde con una cierta audacia para asumir los riesgos que son necesarios. Están animados de una persistente y audaz vitalidad para durar en la “batalla”. Pero su trabajo lo llevan a cabo con un talante que para nada es individualista ni introvertido.

- Piensan globalmente y actúan en lo concreto. Enseñan a ser para el mundo entero y no para una pequeña región o para una comunidad. Aprendieron a vivir la interculturalidad en el día a día. No les falta la necesaria tenacidad para llevar a buen término lo emprendido.

- Creen en la importancia que tiene la buena comunicación e información para la animación de las personas y de los grupos.

- Son buenos en señalar metas y ofrecer ideales; no les falta precisión para presentar estrategias e indicar los medios. Convierten fácilmente su gran visión en objetivos y propuestas concretas.

- No necesitan que se reafirme su persona y su propuesta; proceden con la profunda convicción de que lo que hacen viene del Señor y para Él es la gloria y la alabanza. No temen las tensiones y saben que forman parte del proceso.

Estas personas inspiran, convencen y entusiasman. Entregan una visión de futuro, buscan estrategias para llevar a cabo esta propuesta, motivan a la gente para que responda a esta llamada y la hacen responsable en esta tarea de refundación. Alguien ha dicho que en una provincia o una comunidad es suficiente que haya un profeta. Lo mismo podríamos decir de los refundadores. No son necesarios muchos. Algunos no deben faltar. No hay duda que el carisma de la refundación se debe compartir entre los miembros de una Asamblea, Capítulo general o provincial, Equipo coordinador. Todo un grupo o una comunidad también pueden ser refundadores. Más aún, la refundación no puede ser un hecho individual. Pasa por toda una comunidad carismática. En último término, la suerte de una Familia espiritual está en manos de sus miembros. Con todo, sin un núcleo de personas que impulsen y promuevan este proceso no se pone en marcha ni se prosigue un plan de esta envergadura. Estas personas deben permanecer en la tarea. Les toca ser hombres y mujeres de gobierno y llevar hasta la meta lo que está en camino.

La cultura marianista ha visto aparecer esta clase de hombres y mujeres, pero con frecuencia no consolidarse. Como que diera la impresión que se les había ido muy pronto el óleo de la unción. Quizás les da poco tiempo para hacerse y le gusta cambiar de puntos de referencia. Quizás no se les deja soñar con vivir contagiados de una gran confianza, liberados del ansia de medir y de controlar, familiarizados con las insólitas costumbres de Dios y habitados por una extraña alegría.

- Un nuevo lenguaje

Desde luego, si queremos pedir una calidad diferente a la vida marianista en tiempo de una estimulante incertidumbre tendremos que aprender y usar un nuevo lenguaje para hablar en ella de Dios, de María, del misterio, de las relaciones las más diversas, del conflicto o de la formación. Ese lenguaje para presentar novedad y despertar interés tiene que ser *claro, testimonial, directo, original, bíblico, narrativo, con mucha imagen, breve, estimulante y propositivo*. Debe acertar a ser creativo, a animar y convocar; a hablar al corazón y estimular a la acción²⁴. Dicho con palabras más difíciles, este nuevo lenguaje deberá ser antropológico y simbólico. Así se trasvasa un carisma a una cultura y una cultura a las personas que la asumen. Se trata de traducir no unos textos sino unos comportamientos existenciales a un lenguaje vivo.

²⁴ Paseaban maestro y novicio entre los arcos del jardín. El aprendiz interpeló al sabio nonagenario: “Maestro, ¿cuál es el secreto de vuestra larga vida?”. Tras una pausa sosegada, sonrió el maestro mostrándole su boca abierta. “Cuenta, por favor, cuántos dientes me quedan”. Maestro, no tenéis ninguno. “Fíjate ahora en mi lengua, ¿cuánta me queda?”. Maestro la tenéis intacta. “Pues ése es el secreto. Lo duro perece y lo blando y suave perdura. No uses tu lengua como si fuera un colmillo para morder a los demás. Úsala para consolar y besar; para animar y pacificar. Así alargará tu vida y la de los demás” (Tradición budista).

Hubo un tiempo en que las palabras estaban vivas; las palabras eran sacramento, energía sagrada, propuesta consistente. Dejaban una huella imborrable, eran irreversibles; como que tuvieran un poder especial. Eran nuevas y traían novedad. Además eran poco numerosas y más ponderadas y contrastadas con el silencio. En cambio, cuando las palabras de nuestro hablar están envejecidas es difícil que lleguen a presentar el encanto que esconden las cosas y el misterio del fuego que las habita. A base de repetir las se convierten en una cáscara fría que nada encierra dentro. Nos sirven para transmitir ideas y doctrina, pero no nos revelan ni revelan el arcano que las rodea y nos envuelve. Podemos proceder con ellas como lo hace un gobierno cuando fabrica mucho papel moneda para la circulación y el consumo, sabiendo que no hay fondo de reserva y tiene que aceptar que se ha perdido el valor real de los billetes.

También nosotros hemos podido banalizar y vulgarizar las palabras marianistas. Las hemos podido usar sin que expresen experiencias vividas. En ese caso no valen gran cosa. Son las experiencias de vida marianista las que dan actualidad y fuerza a nuestras palabras. Por lo mismo, nos debemos preocupar más por activar la fe creyente que la fe creída.

Las palabras sirven para actuar la capacidad humana de comunicar las experiencias interiores y la cálida vibración de humanidad y de divinidad que subyace en cada uno de nosotros. A eso nos lleva una cultura que nace de un carisma y es instrumento para compartir un carisma. Necesitamos, también, aumentar el caudal de relatos de esta vida marianista. Todos ellos son símbolos narrativos de la pasión por Dios y por la humanidad. A este nivel podemos restaurar la fuerza de la palabra. Solo con palabras vivas una cultura puede arraigarse en las personas. Con ellas se puede confiar en quienes las pronuncian y abrirles el corazón a lo que prometen.

Hablar un lenguaje nuevo es rehacer una forma de vida. Por eso saber hablar y transmitir bien la cultura marianista es ya un síntoma claro de que la conocen. Ser marianista es *participar en un nuevo lenguaje y entrenarse en él participando en las experiencias que en el intercambio de lo que escuchamos y respondemos va fructificando con una forma aún inédita de vida.*

En el lenguaje de nuestra cultura se va diseñando una cierta gramática desde la que sobre todo acertamos a hablar del amor. El amor puede ser transitivo o intransitivo y nos jugamos mucho con una u otra opción. Pueden ser pasado, presente o futuro; asimétrico o simétrico; intenso o extenso. Amar, como respirar, supone saber acoger, pero también saber despedirse de los que acogemos. Introducirnos en la gramática del amor es fundamental en la cultura marianista. Nos saca de una autosuficiencia egoísta de la que hay que acertar a salir y a ello se orienta todo proceso educativo bien llevado²⁵.

²⁵ Cuenta Martín Buber en sus Narraciones del Chasidim cómo un discípulo del gran Maggid había recibido durante muchos años sus enseñanzas y pensó volver a su tierra. Yendo de camino sintió deseos de visitar en Karlin al rabino de la escuela de Maggid. Era ya medianoche cuando entró en la ciudad pero su anhelo de encontrar el amigo era tan grande que inmediatamente se dirigió a su casa y golpeó en la ventana iluminada. “¿Quién llama?” “escuchó que preguntaba una conocida voz.. Y puesto que estaba seguro que sería reconocida no respondió sino “yo”. Pero la ventana permaneció cerrada y desde dentro no se percibió ningún otro sonido por mucho que él golpeó una y otra vez. Al fin gritó lleno de aflicción: “Ahron, ¿por qué no me abres?”. Entonces le llegó la voz del amigo, pero tan seria y fuerte que casi le pareció desconocida: “¿Quién es el que tiene la presunción de llamarse yo, como solo corresponde a Dios?”... cuando el discípulo escuchó esto, se dijo en su corazón: “Mi tiempo de aprendizaje no ha

Hay que decir, también, que el lenguaje se ha diseñado para el diálogo. El lenguaje marianista tiene que superar el hecho de que estamos viviendo en varios paradigmas, contextos, horizontes y cosmovisiones. No todos vivimos a la altura de los tiempos. Sigue habiendo al mismo tiempo y a veces en el mismo lugar ilustrados, modernos, postmodernos, medievales y románticos. Por lo mismo, a pesar de tanta información en la aldea global hay que reconocer que se dan pocos entrecruzamientos hondos. Sin embargo, esta alternativa marianista puede dar un paso en este sentido. Siempre he admirado a un miembro de las fraternidades de Perú que desde hace años profesionalmente como abogado y vocacionalmente como marianista está trabajando en concertar a los que están en litigio antes de llegar al proceso oficial del juicio civil. Es necesario dialogar urgentemente entre los varios paradigmas pero más urgente aún intercambiar para construir un nuevo paradigma para nuestra casa común, la tierra y la humanidad. Estamos tomando conciencia de que todo va unido: cosmos, naturaleza, hombre y Dios. Estamos entre lo global y lo local, entre el World y el home, entre la sociedad y la comunidad, entre el cosmos y la patria²⁶.

No hay duda que si queremos comunicar hay que hablar con el corazón; desde dentro. Sobre todo si se quiere comunicar algo y en un lenguaje claro. En ese caso tiene que pasar por el corazón. Cuando se habla desde el corazón, entre otras cosas no se puede mentir ni decir verdades a medias. La publicidad nos habla desde ahí y por eso tantas veces consigue convencer engañando²⁷. No se debería olvidar que solo si las cosas salen de dentro se conectan con el otro y son creíbles. Quizás lo son, sobre todo, porque nacen del amor y bien sabemos “que solo el amor es digno de fe”.

- La nueva geografía de la cultura marianista

Esta *cultura marianista necesita otro mapa distinto del que estamos acostumbrados, otra geografía*. En ella el centro del mundo se ha desplazado. En el nuevo territorio plantamos un nuevo poste y nos organizamos para orientar todo el conjunto. Los nómadas del sentido pueden hacer móvil el centro del mundo y el centro del mundo está donde se vive de la fe y del sentido de la fe en Cristo muerto y resucitado; donde se puede hacer una lectura esperanzada del mundo. La esperanza es una sacudida interior, es una puesta en marcha de la energía dormida de la existencia. Así encontramos el signo mayor al que deben referirse todos los otros. El centro está ahí, donde hay hombres y mujeres de fe.

El territorio total se divide no en cinco continentes sino en tres. El de las víctimas, el de los indiferentes y el de los comprometidos. El primero debería ser en la práctica, territorio de adopción de todos los marianistas. Está poblado de los que al mirarlos nos damos cuenta que la existencia humana está degradada. Sus habitantes se llaman torturados, emigrados, víctimas del Holocausto, olvidados de África, niños hambrientos trabajando día y noche, enfermos sin medicinas, ignorantes por no tener escuela ni maestro ni ganas de aprender, obreros molidos por el capitalismo duro, seres humanos

concluido todavía”. Y sin tardanza regresó a Mesritsch.

²⁶ Küng, H., Teología para la postmodernidad, Alianza, Madrid 1989; Nussbaum, M., Patriotismo y cosmopolitismo, Los límites del patriotismo, Paidós, Barcelona, 1999, pp 13-29

²⁷ Cortés, F. La isla de los cinco faros, RBA, Barcelona, 2005. Es muy interesante la crisis por la que ha pasado de comunicador incomunicado y en la que ha aprendido a comunicarse bien.

desechables porque ya no sirven, los hacinados de las pateras que emigran para buscar una vida inhumana y explotada.

Vayamos al continente de los indiferentes. Está muy poblado. Lo habitan los irresponsables e interesados que tejen la economía y la política en provecho propio; los que viven explotando a los demás, los que hablan escuchándose a si mismos o sin decir nada, los consumistas por profesión, los que no trabajan y hacen trabajar; los que viven con lo superfluo y no se dan cuenta que impiden que otros tengan lo necesario o lo indispensable.

De este continente hay que tratar de salir y decididamente entrar en el tercero: el de los comprometidos. Varios de ellos pertenecieron al de las víctimas y aprendieron que la victoria es de los vencidos; otros ayudan a las víctimas y lo hacen en silencio y nadie habla de ellos; es gracias a éstos cómo el mundo se mantiene en pie y no se va a pique. Dudan que la pobreza pueda desaparecer de la humanidad. Pero consideran una exigencia fuerte, sobre todo para el creyente, el hacer todo lo posible para que disminuya.

Esta debería ser la geografía alternativa de los marianistas. Cuando se echa una mirada a la bola del mundo se advierte que todo está mezclado, se ven montes y ríos, mares y montañas y las líneas divisorias que separan y de hecho confunden un poco.

- **Despertar la admiración en una cultura de la mediocridad**

No hay formación de personas sin admiración. Educar es enseñar tanto a admirarse de lo que no sabemos, como a admirar lo que queremos hacer, del modo como es debido. Formar y educar es aprender y sólo aprendemos lo que admiramos y lo que nos eleva por su excelencia. Conocemos en la misma proporción en que somos capaces de admirarnos, y nos convertimos en aquello que, de veras, llegamos a admirar. El signo de admiración tiene que ser importante en la cultura marianista.

En una cultura que consagra la vulgaridad deberemos preguntarnos si en nuestros procesos educativos y de iniciación en la cultura marianista no estamos educando en la "normalidad" consagrando el dato sociológico como modelo de conducta. Lo normal, que en un sentido es contrapuesto a lo anormal o raro, se convierte sin más, inmediatamente, en regla práctica, en regla para la acción concreta.

El filósofo Adorno aseguraba que la normalidad era la enfermedad del siglo XX. Se nos anima a ser uno más, alguien perfectamente intercambiable por cualquier otro, un tipo normal y corriente, uno del montón, un mediocre. *Y se propone en nuestros medios educativos, la mediocridad como ideal, haciendo de la carencia de valor propio, el valor más venerado. La indiferencia ante lo malo lleva a aparejada la apatía hacia lo bueno y lo excelente.*

Una iniciación verdadera en la cultura marianista nunca puede ser neutral: elige, verifica, presupone, elogia, descarta... intenta favorecer un tipo de ser humano frente a otros. La formación marianista deberá ser el arte de admirar la excelencia. Un enemigo declarado de la educación en valores es la tolerancia mal entendida. En nuestros días se tolera para no tener nada que admirar. Porque la genuina tolerancia, tolera a los demás, tan sólo porque no renuncia a la búsqueda del bien más apropiado. La falsa tolerancia es

la que acaba comulgando sin más con lo tolerado. La tradición marianista estimula y pone la superación en su debido lugar.

1. Rehacer la trama común de lo que somos

La vida marianista pide revitalizar la cultura de la comunidad y la fraternidad. Parte de un mayor caudal de comunicación interpersonal. El carisma marianista básicamente es un carisma de amor y solo se entiende amando. Nos introduce en un dinamismo de apertura y receptividad que nos cambia esencialmente, que no nos deja igual, que nos abre a los demás, nos teje a otras palabras y otros acontecimientos, las del otro o la otra con las que nos comunicamos. Nos pide estructuras de comunión y de participación; de proyecto común y de misión compartida.

La original y profunda experiencia marianista es circular. Debe hacer girar la gracia, la bondad y la locura de la solidaridad. Vivir con otros en la Familia marianista es aprender a narrar con otros la historia oculta de un amor que atraviesa todo: personas, acontecimientos, ambiente, relaciones. Comunicar lo que Dios hace en nosotros y lo que los demás generan en nosotros.

La memoria del corazón es lo que nos vincula a una comunidad de iguales y diferentes, desde las experiencias narradas, escuchadas y compartidas en un círculo de intimidad. Es lo que nos hace testigos de la vida de los otros y merecedores de gracia y de perdón. Este último aspecto nos recuerda que no debemos amar más nuestro sueño de comunidad que la comunidad real²⁸. En una cultura así, el amor del marianista actúa de una manera activa y no reactiva. Sólo así se puede conservar la propia libertad y la capacidad sana de reacción.

En esta cultura alternativa la trama común es un ámbito de especial vulnerabilidad. En ella las aspiraciones son desmesuradas, el horizonte de expectativas abruma a la pobre realidad de la vida comunitaria. Alguien ha dicho que el empeño comunitario de los diferentes grupos es hoy un lugar donde crecen los demonios. Hay algo desordenado en el hombre y la mujer de nuestros días en el modo de vivir la comunidad y de enfocar la trama común de los grupos. El ansia de comunión es grande pero es también grande la realidad del sufrimiento, malestar y desorientación en este campo.

En esta alternativa, que con la cultura marianista estamos ofreciendo, se pide *rehacer la trama común de lo que somos*. Ello exige un clima de respeto, de acogida, comunicación, aceptación, libertad y de amistad que no siempre es fácil de alcanzar. Exige un ritmo comunitario en el que sea posible compartir tareas y experiencia de Dios con una gran capacidad de transparencia, apertura, honestidad y libertad interior. Sólo así se llega a la trama común de la mutua pertenencia y complementariedad: unos de otros y todos del Señor. Nos necesitamos mucho más de lo que pensamos. Nadie está demás en la trama común ya que siendo diferentes formamos un cuerpo común. Así, poco a poco, vamos incluyendo nuestras vidas en las de los demás. La vida así concebida es una trama común: hechos y dichos, pensares y sentires, orar y trabajar, alabar y suplicar. *Lo comunitario en la cultura marianista no es algo accesorio a nuestra vida sino esencial; deriva de la llamada recibida*. Es un acierto tomar

²⁸ “Quien ama su sueño de una comunidad cristiana más que a la misma comunidad, se convierte en un destructor de toda comunidad cristiana, por muy honesta, seria y entregada que él piense personalmente que es su conducta” (D. Bonhoeffer)..

conciencia que hay que regar las raíces de esta trama común y de esta vida comunitaria, desafío para la cultura postmoderna.

En realidad, esta alternativa que la cultura marianista nos ofrece es una invitación a asistir y participar en la gestación de una vida nueva. Esto significa descubrir el corazón materno de todo marianista. Solo crecemos y nos esponjamos por dentro cuando alguien nos demuestra que tiene fe y confianza en nosotros y nos dice que podemos. Nuestras posibilidades de “nacer de nuevo” anidan ahí. Florecen al calor de la aceptación radical que intuimos en el otro y en el que cuida de nosotros. Crecemos cuando presentimos que alguien puede acompañar nuestra propia historia sin adelantarse, sin empeñarse en adivinar. Nos convoca a la vida.

- Iniciarse en una mistagogia adecuada

La iniciación en las diversas culturas ha sido una preocupación de todos los pueblos. Supone un mapa de ruta para acertar a hacer bien la andadura de la asimilación de las mismas. Supone entrenar las personas en actitudes y acciones y en inculcar motivaciones y criterios, en contar mitos e historias, en integrar tradiciones y costumbres. En varias de las culturas africanas los ritos de iniciación son verdaderos y actualizados manuales en los cuales podemos aprender mucho para la iniciación en la vida cristiana de cualquier lugar. Se trata, en una palabra, de enseñar y aprender a vivir. La iniciación sólo la llevan a cabo los verdaderos y buenos maestros, los que viven y son testigos. Ellos enseñan a mirar a los ojos, a mirar con otros ojos y a dejarse mirar a los ojos; a escuchar y a hablar; a sentir y hacer sentir, a creer y a adorar. El cuerpo es una importante mediación de toda verdadera iniciación²⁹. Aunque no sea más que una muestra de esa sabiduría ahí va uno de esos proverbios africanos que nos invita a regresar a las fuentes que fecundan, vivifican, unifican y dan sentido a la diversidad del mundo: *“En el bosque cuando las ramas se pelean, las raíces se abrazan”*

La buena mistagogia pide un aprendizaje cuidadoso y atento. En el fondo, somos invitados a una ciencia de desciframiento, a una mántica ya que se trata de saber leer las señales de la vida que están dispersas en toda la creación y orientarse por rastros sutiles que no todos sabemos captar. La buena iniciación deja con una mirada de lince y un olfato de sabueso para explorar los signos de humanidad y de divinidad.

Al mismo tiempo, cada hombre y mujer tiene en su vacío interior un secreto y una presencia significativa. Ahí está Dios que nunca está más presente que cuando se calla. Esa región interior es un lugar de movimientos, decisiones, victorias, fracasos. A ella todo llega y de ella todo parte. En la buena iniciación no puede faltar la interiorización y la integración de lo diverso.

La mistagogia lleva hasta la adoración. La adoración es un reto. Supone realizar el lento aprendizaje de ir ensanchando el interior, de ir despejando un espacio mayor. Así se junta lo humano con lo divino. Lo mejor que podemos decir de la adoración es que es una pasividad receptiva. Nos lleva a dejarnos hacer por Dios desde el corazón. Solo logramos entrar en adoración si ensanchamos la tienda interior y somos generosos y magnánimos. *“Si supiéramos adorar nuestras vidas discurrirían tranquilas por los*

²⁹ Daniela y Olivier Föllmi, Orígenes, 365 Pensamientos de Maestros Africanos, Lumberg, 2005

grandes ríos” (Éloi Leclerc). La frase, y sobre todo ese condicional, que expresa una secreta experiencia previa, es todo un programa de vida. Sobre todo porque la adoración supone la inclusión. Si nos atrevemos a mirar a los ojos que nos miran descubrimos que se nos refleja su mirada y se desplaza hacia los ojos de todos y a todos envuelve.

Todo esto no es fácil; para conseguir las metas hay que aceptar hacer el camino y con poco peso, paso ligero y la mirada puesta en el norte. Para asimilar una cultura hay que seguir unos pasos, los que nos pide y propone la mistagogia. Esta es exigente. Sin el destete no se crece porque no se nutre uno con alimento sólido; sin dar el primer paso no se da el segundo y menos el último. Pero dejemos caer otro gran principio mistagógico: necesitamos aprender a desprendernos también de lo que nos alimenta, aprender a desposeernos de nosotros mismos; a entregar lo que somos.

Esta mistagogia es algo muy parecido al *camino marianista de iniciarse y de iniciar en la fe*. Es un punto débil de nuestra tradición. Repetidamente se ha pedido partir de nuestra experiencia para llegar a elaborar y formular algo que nos falta y lo necesitamos. Casi podemos afirmar que no habrá verdadera alternativa si no damos con el proceso articulado y con las etapas sucesivas que nos llevan a la meta del mismo.

Esta meta, como ya hemos sugerido anteriormente, es la transformación. Esta palabra es por su novedad difícil de captar y por su profundidad nada fácil de comprender. *“La escuela de la transformación nos presenta una espiritualidad distinta de la que frecuentemente hemos vivido en el pasado. En la espiritualidad ascética se trata sobre todo de dominar y vencer todos los fallos y debilidades... La espiritualidad de la transformación parte del principio de que todo tiene su sentido y de que Dios querría transformar todo en nosotros, a fin de que su luz y su gloria resplandezcan cada vez más... En nosotros está el creer y el confiar en ese Dios que puede transformar todo”*³⁰.

No se trata de mutilar una ascesis para subrayar una novedad. Ni se trata de un tema; nos referimos a una acción. Algo se recrea. La transformación es el último tramo en todos los caminos espirituales. Todo se tiene que transformar: la ira y la animosidad, la prepotencia y la pasividad. Es decisiva para que sea efectiva cualquier revitalización. Cierra bien el círculo. Consolida todo. Evita quedarnos con la idea abstracta. Cuando permanecemos indefinidamente en la repetición al fin la idea se evapora y todo nos importa un bledo. Esto se da en todas las latitudes de la cultura marianista. No nos falta el rechazo o la evasión. Esto ampara la rutina y la comodidad, la pereza y la cobardía, las disculpas y las justificaciones. Justificaciones que arrojan a un yo pasivo o eróticamente adorado que hay que desnudar para que brille el tesoro valioso que oculta. Todo esto también se tiene que transformar. Forma, camino y fuerza para hacer este proceso arrancan de Jesucristo que entraña la alegría de tenerle y el gozo de irradiarle. El punto de partida de toda transformación es encontrar a Jesucristo. Él es el que nos va purificando y madurando, sanando y llenándonos de compasión.

Transformar es cambiar; es cambiar de una manera suave y moderada. Consiste en desentrañar, en sacar a la luz la imagen primitiva que subyace en el montón de las demás y dejar que lo verdadero se desarrolle por encima de lo falso, lo liberado por encima de lo oprimido, lo justo por encima de lo injusto y lo amable y amado por encima de los rechazos e incluso de los odios. Como el mismo A. Grün ha llegado a

³⁰ Grün, A. Transformación, Verbo Divino, Estella, 2005, pp 8

afirmar, la transformación es la forma cristiana del cambio ya que en ella entra la gracia que viene a ser el don que se suma a la tarea. La transformación para el marianista es la clave de la espiritualidad.

Es Dios el que transforma. Las crisis a las que llegamos pueden ser unas estupendas oportunidades con las que Dios quiere sacar a flote la forma nueva y renovada de ser. No debo encerrar nada en mí ni rechazarlo. Se trata de dialogar con mis limitaciones y debilidades, pasiones y enfermedades, conflictos y problemas. Así todo me conducirá hacia las nuevas posibilidades de la vida. Algo puede crecer, florecer y nacer de nuevo.

La Biblia está plagada de *historias y desafíos de transformaciones*. Dios mismo transforma nuestro luto en danza (Salmo 30, 12) y el mar en tierra firme (Sal 66, 6) y las peñas en estanques y el pedernal en manantiales (Sal 114, 8). Convirtió las aguas en sangre (Sal 105,29). El Señor cambia nuestra suerte (Sal 126,4) y reconoce lleno de gozo que "cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar" (Sal 126,1).

En el Nuevo Testamento San Pablo expresa con la palabra transformar *la meta de nuestra vida espiritual* (2 Cor 3,18). Son muchas las imágenes, las escenas y los caminos de transformación y es importante situarse uno mismo en ellas y vivir la experiencia de ser transformado. En la Biblia se aprende a transformarse a lo largo de los caminos de la vida.

En todos los ejemplos de transformación presentados en la Biblia se pone en evidencia la acción de Dios en nosotros. Dios nos transforma a nosotros y a nuestra existencia por su palabra, su presencia encarnada y su acción redentora y salvadora. El "espíritu de transformación" (Maestro Eckehart), el Espíritu Santo transforma nuestro pensar, nuestro sentir, nuestro hablar y nuestro hacer, así como nuestro convivir.

La transformación es la estructura fundamental de nuestra vida marianista. La acción educativa, sociopolítica, de promoción humana es transformadora. Pero esta transformación cada vez la hemos ido entendiendo mejor. Con ella no se trata de dominar y de vencer todos los fallos y debilidades, de suprimir las pasiones o de reprimir los malos movimientos. *La transformación evoca al marianista que todo puede darse, que todo tiene un profundo sentido, que todo en nosotros por más enfermo o débil que sea se puede transformar.* La llama de Dios quiere arder en nuestra zarza y la enciende María en Cana, haciendo que se transforme el agua en vino.

En la auténtica transformación ha quedado claro que el autor de la misma es Dios. El guía el proceso, da la fuerza para iniciarlo, continuarlo y llevarlo a su fin. El nos transforma y transforma nuestras pasiones, nuestro cuerpo, nuestra alma y nuestro espíritu. En nosotros está el creer en ese Dios transformador. Y confiarnos en ese Dios, quien por Jesucristo con el Espíritu Santo "*transformará la bajeza de nuestro ser, reproduciendo en nosotros el esplendor del suyo, con esa energía que le permite incluso someterse el universo*" (Flp 3,21).

- **Icono de la cultura marianista alternativa: María**

María ha sido un fenómeno y realidad permanente en los doscientos años de vida de los marianistas. Han sido varios los cambios culturales en el correr de este tiempo y en el extenderse en los diversos lugares culturales. La historia y la geografía de este dinamismo cultural han vivido la desaparición y el resurgir de distintos contornos culturales. La sencilla joven de Nazaret ha permanecido ininterrumpidamente en el corazón de la misma. Más aún, ha sido su icono. Bien podemos decir que el mundo marianista ha estado iluminado por el resplandor de María (San Bernardo).

En nuestra cultura quedan rastros indelebles de su presencia y de su acción. Hay que saber decirlos. María es para esta cultura un “referente colectivo”; el símbolo cultural más potente y popular de la misma. María es como el río subterráneo que corre por los lugares marianistas. Muchas figuras históricas han perdido relieve con el pasar del tiempo. María ha ido adquiriendo un mayor y mejor definido perfil; ha ganado espacio, afecto, tiempo, instituciones y grupos.

Por ella la cultura marianista no es de poder sino de paz. La vitalidad de la figura de María es grande; aparece y desaparece y bien podríamos afirmar que siempre está presente. Toma formas nunca vistas; se colorea según los colores de las estaciones culturales diversas de los marianistas. Es como una espiral de la vida marianista que se extiende hacia adelante y hacia arriba.

Pero la cultura marianista le debe a María mucho más. Es para ella una figura significativa y bienhechora. Esta impresión de vitalidad es una realidad. En nuestros días son bastantes los que ven en la vida marianista personas y grupos marcados por la esterilidad. Por lo mismo hay que estar alerta para descubrir y potenciar lo que está naciendo, lo nuevo de lo nuevo, las semillas que contiene en sí la planta. Es importante plantar, sembrar, engendrar, *Para hacer este descubrimiento y alimentar esta convicción una buena maestra es María y no hay duda que en su escuela se aprende a intensificar la vida generándola y dándola.* Ella nos enseña fecundidad; de ella se aprende a engendrar, afirmar y multiplicar la vida, a revivir y encauzar la nueva vida. *Como marianista en su escuela he aprendido algunas de las sugerencias u orientaciones que he presentado en estas reflexiones. María un día recibió la vida y dedicó sus días a agradecerla compartiéndola con los demás y poniéndola al servicio de la historia de la humanidad.* En la anunciación aceptó concebir la vida y fue fecundada “por el Señor que da la vida” y desde entonces fue fecunda, en Ainkarín con Isabel compartió la alegría de una vida nueva y largamente esperada, en Belén engendró vida, en la huida a Egipto conoció el riesgo de ver matar la vida engendrada, en el camino de regreso de Jerusalén experimentó el dolor de haber perdido la vida, Jesús, y la alegría de haberlo buscado y encontrado, en Nazaret vio como la vida engendrada se intensificaba y crecía en el tiempo, en gracia y en sabiduría; supo y se alegró de saber cómo su hijo hacía revivir la vida del cuerpo y del Espíritu. Delante de Cristo muerto y resucitado aprendió a pasar de la muerte a la vida y entendió que el grano de trigo que no muere no puede llevar mucho fruto. Desde entonces esa ha sido la mejor escuela de fecundidad.

No hay duda que María ha acompañado a la Familia marianista en su esfuerzo porque la vida no se repita, no entre en la rutina, en la sobre vivencia y menos en la inercia y sea creativa, fecunda, contagiosa, gozosa. María nos invita a vivir. *Con mucha*

espontaneidad la llamamos e invocamos como “Vida y esperanza nuestra” y sentimos necesidad de ser María y engendrar a Dios en nuestro tiempo y en nuestra historia y ser desde dentro fecundos como ella. María está presente cuando lo nuevo comienza. No hay duda que nos introduce por los caminos de la gratuidad, de la alegría y del canto, del asombro, de la esperanza que lleva a no apagar la mecha que todavía humea, de la misericordia, de la creatividad que necesita el que es audaz, del silencio y de la sencillez, de la escucha atenta y de la fidelidad humilde y entrañable. Son los caminos de la fecundidad.

María ha sido símbolo de identidad y también del cambio. No hay duda que durante estos dos siglos los Marianistas han visto inculturarse la figura de María. Ha ido tomando rostros diferentes según las diversas culturas y a esas diferentes culturas María les ha ofrecido mucho. Es verdad que la inculturación de la figura de María puede resultar superficial si no se tocan las raíces de la misma cultura, es decir, el modo organizado y sistemático de vivir de un determinado pueblo. La magia se puede hacer presente en todos estos procesos y del modo más misterioso. A veces se la ha encerrado en modelos particulares y reductivos (MC 36). La inculturación bien hecha convierte la figura de María en algo muy concreto y vital. En el fondo la lleva al corazón del evangelio. La figura de María no pertenece solo a la Iglesia católica o al pueblo judío. Rompe las fronteras y exorciza todos los límites que pone el poder e invita a la Iglesia a abrirse a los grandes horizontes y a seguir el Evangelio de la gracia.

María le ha dejado a la cultura marianista mirando al futuro. Alguien ha llamado a María “la micro historia de la salvación”³¹. Y lo es. Eso se ha conseguido cuando se ha acertado a presentarla sin la interferencia del intelectualismo, como una historia narrada de salvación, como un camino para encarnar la belleza, como una andadura de felicidad conseguida, como una experiencia espiritual de salir de sí y entrar en íntima relación con el Padre y por el Hijo. Juntar las exigencias de los tiempos y la palabra de Dios es entrar en el buen camino. En este presente y en este futuro la historia es y será drama, lugar de lucha continua entre las fuerzas del bien y del mal. Desde el Génesis hasta el Apocalipsis la historia implica a tres personajes: la mujer, el niño y la serpiente. La “bendita entre las mujeres” lucha y triunfa y triunfará. La cultura marianista “produce” hombres y mujeres que vencen y así mejoran su calidad de vida. La victoria está garantizada en el Magnificat y en el día a día. María, fragmento de la historia humana sencilla y humilde da la mano y da su gracia a los que se ponen en condiciones de que Dios “haga grandes cosas” en ellos.

- Y así se consigue una nueva cultura

Hasta aquí hay que llegar en la lógica de este capítulo. Afirmar esto es muy atrevido. Pero puede ser muy iluminador y estimulante y la tabla de salvación para la Familia marianista. Veamos.

“Ser hombre significa necesariamente existir en una cultura determinada”. La frase es de Juan Pablo II. La crisis del momento actual y de una manera especial la del mundo occidental es una crisis de identidad que nace de una seria dificultad para situarse en esa cultura y en ella ser significativo. La crisis del marianista también. La transformación tecnológica, informática y biogenética está trayendo una transformación de la

³¹ De Flores, St, María sintesi di valori, Storia culturale de la Mariología, Editorial San Paolo, Roma, 2006, p 539-547

humanidad misma. No hay duda que todo esto tiene fuerte influencia sobre las grandes preguntas del hombre: ¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿dónde voy? ¿de qué estoy hecho? En todo esto la relación con Dios no es de rechazo. Simplemente se prescinde de él. Como decía Heidegger, la enfermedad de nuestro tiempo no es la falta de Dios o la ausencia de Dios sino el hecho que los hombres no sufran con esta falta. Todo esto lleva a una difusa mediocridad que nos deja sin ilusión y frustrados, sin sentido y sin ganas. *Más de una vez he quedado pensando que actualmente nos falta drama. El mundo es demasiado opaco, mediocre, indiferente, vacío.* Es un vacío que está más allá del bien y del mal, de la belleza y de lo feo. Deja en la infecundidad. Por lo mismo se ha podido escribir que “la actual transformación es tal vez la más severa y rápida ruptura cultural en el conjunto de la historia humana”³²

No hay duda que estamos yendo hacia un nuevo modo de humanidad, de realización humana; se avecina un radical y profundo cambio antropológico. Está llegando. La complejidad de lo que estamos viviendo no se puede afrontar con instrumentos sencillos y simplificadores. Hay que abrirse a nuevos horizontes antes de programar acciones concretas. La realidad actual pide profunda reflexión y diversidad de puntos de vista que exigen el diálogo y la alternativa. Ir demasiado de prisa en este tema supone querer imponer el propio punto de vista. Hay una diversidad que digerir bien para que no lleve a la discriminación sino a una rica variedad.

No hemos hablado mucho de crisis en este libro. Hemos preferido centrarnos en la propuesta. La cultura marianista es una propuesta. Lo ha sido y quiere con mucha sencillez decir que tiene la intención de seguir siéndolo. Por ello ve en la cultura actual vacíos que quiere llenar; el del encuentro con Dios, el de pasar de una experiencia a otra sin dejarse implicar en profundidad. Son muchas las situaciones y acontecimientos que no tocan fondo y por lo mismo no mueven a deseos profundos. En estos cambios frecuentes y rápidos a veces se vive la contradicción. Es un tiempo precario. Se “muere y se huye con bocado en boca”. Esto toca también nuestra religiosidad que está más ligada al sentimiento que a la razón. En esta religiosidad lo auténtico se mezcla con la superstición. También ella es de supermercado y consumista, nos presenta un dios confuso y difuso. La salvación que ofrece es intramundana. Para apoyarla se monta una espiritualidad netamente individualista, abstracta y privada; se desinteresa de lo social, de lo comunitario y de los conflictos. Propone un Dios a nuestra disposición y medida, que se puede tomar o dejar como parezca. Es una religiosidad que no toca el tema de la moral. En el fondo lo que aquí cuenta es el dogma de la libertad. Todo ello hace que en el mundo eclesiástico se llegue a tener cristianos sacramentalizados pero no convertidos, bautizados pero no evangelizadores, testigos incapaces de testimoniar algo valioso. En el fondo, todo esto ocurre porque se apaga la llama de la interioridad que es el sople vital que anima toda realidad.

Por supuesto esta lectura de la realidad cultural actual es dura. Pide alternativa; pide acción y acción consistente. Pide otra cultura. Nos pide tomar y dejar. Tiene ganas de regenerar. *Si seguimos haciendo lo mismo y de la misma manera los frutos serán también los mismos.* La solución no está en cerrar la puerta y salvar lo que está dentro y quedarse envuelto en la turbación reinante.

³² D. Cupito, *Alter God. The future of Religion*, Weidenfeld and Nicholson, London, 1997, p x

En la mejor tradición marianista se aprende que no hay nada que se imponga a nosotros; no hay un destino fatal ni ineludible; no hay duda que se precisa poner un freno a la identidad difusa que se advierte en la imprecisión cultural del grupo. Se precisa mayor definición en los cómo y los por qué.

En el fondo se precisa un nuevo rostro; el que viene de una nueva identidad. Dar rostro a una determinada identidad no es fácil. Nuestra identidad es pluricéntrica y global, rica de complejidad y de elementos particulares. El acierto está en integrar todos estos aspectos con coherencia y armonía. El grupo que con Evangelio en mano y con experiencia de humanidad da con este nuevo rostro podrá ofrecer un proyecto alternativo; reencontrará a la gente, sobre todo a los jóvenes; recuperará sentido y gusto de vivir; quitará los miedos que nos paralizan y desvían de la ruta³³. Identificar los contravalores presentes en el momento actual de nuestra cultura ha sido algo liberador y movilizador para varios de los grupos eclesiales en este momento. No lo ha sido menos para los marianistas.

No conviene simplificar la identidad de las personas. Es compleja la identidad de los grupos. Los rasgos de la identidad de una familia espiritual, como la marianista, en el contexto del siglo XXI se deberían orientar en esta dirección. Ello parte de una creencia fuerte en nuestra “marca carismática”; es una de las señales que lleva Jesús y con la que se identificó María. De esa marca carismática tiene que nacer la diferencia y la posibilidad de “mostrar la diferencia”. Esta diferencia nos permite mostrar que merece la pena pertenecer a ese grupo, emprender su camino, enrolarse en su misión.

Cinco dimensiones implican esta alternativa. Partiendo de la radioscopia del hombre contemporáneo hecha con aparatos marianistas se deben enfatizar estos aspectos.

- Una persona humana fascinada por los ritos buenos, la ritualidad, en el fondo marcada por el ansia de Dios pero condicionada por la erosión de secularización; la que corresponde a un período de postsecularización.

El hombre y la mujer de nuestros días tienen un área ciega en su retina. La experiencia religiosa corre el riesgo de ser dominada por las palabras abundantes o una recarga de la batería de nuestra vida en función de la pastoral o de la tarea social. La Iglesia se estaría convirtiendo en un lugar donde se habla y en el que uno se prepara para ponerse al servicio del mundo. No se celebra la vida y no se vive la celebración. Esa vida es nacimiento, pubertad, juventud, matrimonio, muerte. Hay ritos universalmente humanos que no se deberían haber perdido y se tendrían que recuperar. Este volver a Dios precisa identidad en nuestras vidas y pasa por la conversión del corazón. Esta experiencia es la fuente de la cual mana el agua que rebalsa y el culmen al que apunta y converge toda la acción salvadora. La persona humana alternativa será profundamente religiosa. El creyente verdaderamente religioso es capaz de “postrarse rostro por tierra” (Ez 1,28) para poder retomar la postura erecta y avanzar por el camino de la vida que se convierte en un proyecto que Dios mismo muestra delante. Ahí descubre que en la debilidad de la persona humana es donde la acción de Dios aparece con toda su fuerza.

Se necesitan “minorías creativas” al servicio de esta alternativa. La vida marianista no es una vida que testimonia mucho una realidad futura; es, sobre todo, una presencia que

³³ El miedo de haber gastado la vida inútilmente; de las renunciaciones; de los cambios; del futuro; de perder los privilegios adquiridos; de perder la estima; de perder la vida.

interpela porque hay algo muy importante que falta. De este gran planteamiento nacen gestos que son testimoniales en la medida en que no encuentran su justificación más que en la fe que los sostienen y los guían.

Es urgente proponer un nuevo modelo cultural. A partir de él se pueden afrontar nuevos desafíos y se puede pasar de los signos de poder al poder de los signos. Se puede, también, salir del acomodarse sucesivo que trae los siguientes síntomas: éxito institucional, activismo, satisfacción por la eficacia del propio trabajo, inercia comunitaria, debilitamiento de la oración y de la experiencia mística, sensación de bienestar y de resistencia a la innovación, acumulación de riqueza, abandono de la simplicidad y de sensibilidad, acomodación a los valores del medioambiente. Se debería decir del marianista lo que se indica del profeta: No es un calculador ni un oportunista, el carisma recibido y la urgencia de la misión piden que sea un poco imprudente. No debe perder la “imprudencia, típica del místico, que conduce la historia” (Pedro Casaldáliga).

- Un hombre y una mujer convencidos que el futuro de la fe y de la vida marianista está ligado al compromiso de los marianistas y de nuestras instituciones por la justicia. Optan por la justicia.

El hecho innegable del eclipse de Dios que padece nuestro mundo tiene otra causa en las catástrofes por las que ha pasado la humanidad en el siglo pasado y que han hecho que de forma paradigmática se haya proclamado la dificultad enorme de pensar en Dios, de hablar de Dios, de invocarle “después de Auschwitz” o después del “11 de septiembre”. ¿Cómo pensar en Dios y hablar de él después de esos acontecimientos? Lo horrible sigue teniendo un nombre que reviste mil formas concretas en las diferentes partes del mundo. En la injusticia masiva que genera procesos cada vez más amplios de exclusión de poblaciones, de pueblos, de desigualdad, dependencia, pobreza, opresión... Son poblaciones que han llegado a ser superfluas³⁴. La injusticia, con sus secuelas de desigualdad, dependencia, pobreza, marginación y exclusión, es, sin duda alguna el problema por excelencia de la humanidad en nuestros días. Todo hace prever que lo será durante mucho tiempo. Lo es por la magnitud de sus proporciones y por su extensión.

Bien podemos concluir que el futuro de la vida marianista pasa por el realismo de su compromiso con la justicia. Este compromiso es la prueba de la autenticidad de la fe; es condición indispensable para el testimonio y por tanto para la transmisión de la fe. La solidaridad con los pobres es una forma de decir Dios para el marianista. A su vez la experiencia de Dios es el eje de la vida marianista y hay que acertar a hacerlo el eje de la cultura marianista.

- Un hombre y una mujer que tienen sed de participación y al mismo tiempo dificultad con la autoridad. Se deciden a compartir

La comunión y la participación son aspiraciones profundamente humanas. El mundo se agranda y cada vez es más diversificado. La sociedad, la Iglesia y la Familia marianista deben hacer todo para ser firmemente una y generosamente diversificadas e inculcadas. La red, los vasos comunicantes, los puentes son lenguaje nuevo y claro

³⁴ Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia, Actas del Congreso Nacional de Caritas, Edice, Madrid, 1996, p 428-39. Centrada sobre todo en la categoría de la exclusión.

para todos. El mundo está en expansión con sus diferencias y con la búsqueda intensa de unidad.

- Un hombre y una mujer que duda ante lo verdadero, impotente ante el bien y fascinado ante lo bello. La propuesta es de una persona humana que integra todas esas dimensiones

Esta necesita una profunda afinidad con la cultura de nuestro tiempo. No podemos apuntar a una formación en la fe in Vitro. Se precisa sensibilizarse a las inmensas riquezas de la cultura contemporánea: de las ciencias, de la técnica, del desarrollo del pensamiento, del arte, del teatro, de la apasionante vida del mundo de hoy. Se tiene necesidad de una sólida musculatura hecha de conocimiento bíblico, ético, filosófico que resista a las tempestades otoñales de una civilización que está envejeciendo y que tiene que rendir cuentas.

Dios es verdad, bondad y desde luego belleza. Esta última cualidad desarma las personas. La Iglesia tiene muchas cosas bellas que vivir y transmitir. No tanto por su patrimonio artístico como por sus hombres y mujeres santas que han brillado por la belleza. Lo hermoso es el esplendor de lo bello, que es la mejor síntesis de lo verdadero y de lo bueno.

El Papa Paulo VI recordaba a los obispos del Zaire que la africanización era su tarea. Más de una vez me ha salido de muy adentro pedir a los marianistas laicos o religiosos, hombres o mujeres de cualquier cuadrante del mundo el coraje para hacer marianista lo que nos rodea; ésa es nuestra misión. La inculturación marianista, en su acepción más genuina y propia es una interacción entre la cultura ambiente y el carisma marianista. Esta interacción desembocará necesariamente en una respuesta creadora porque nos pedirá traducir los valores específicos en un nuevo lenguaje.

- Todo ello para ser más significativos y fecundos

Significatividad puede ser una palabra muy general y abstracta; es, sin duda, una cualidad que marca nuestra vida y nuestra acción. Esta es más fuerte e intensa cuando la referimos a un grupo que cuando la atribuimos a una persona. En el segundo caso produce admiración; en el primer arrastra. Impacta de tal forma que los demás siguen el mismo camino. Aquí entra también la creatividad; por ella encontramos los modos y las mediaciones más adecuadas para hacer significativa la vida marianista. Los estilos de vida, las formas de presencia, el modo de inserirse en los contextos eclesiales y sociales, obras y actividades, hacen más visible el carisma y la cultura marianista.

Este capítulo ha querido poner las condiciones para hacer significativo y fecundo el carisma marianista encarnado en una cultura y vivida por hombres y mujeres del siglo XXI. Se necesita poner de relieve una doble condición para que tanto la significatividad como la fecundidad sean una realidad. La radicalidad que viene de la intensidad es indispensable para llegar a hacer original y provocativa una cultura. No hay ninguna duda que la vitalidad de los grupos es más importante que la sobrevivencia de los mismos.

Además de la intensidad la buena focalización de la misión de un grupo es condición para llegar a hacerle significativo. Concentrar las fuerzas en los buenos objetivos es fundamental para que la vitalidad se vea y se sienta presente.

Para reflexionar y dialogar

Propuestas que nacen de la cultura marianista

En la cultura marianista hay un marco referencial. Es una realidad humana que ha tenido que clarificarse y ordenarse. Se encuadra en un marco referencial. Este marco le da su norte y su sur, su este y su oeste. Le da las coordenadas. Es bueno conocer las coordenadas históricas y geográficas; también las teológicas y las políticas, las misioneras y las espirituales, las litúrgicas y las culturales propiamente hablando. Estas coordenadas pueden ser también propuestas. Un grupo que se queda en la protesta o en el pretexto y no tiene claras sus propuestas no tiene autoridad moral para contribuir con nada serio al momento histórico actual ya sea eclesial o social.

Por lo mismo es bueno preguntarse a diferentes niveles por el proyecto que sustenta y justifica la cultura marianista:

1. Una propuesta teológica.

Un grupo de Iglesia está hecho de creyentes que piensan la fe. Esta fe da a su creencia un aspecto de contenido, de mensaje y de razonamiento sano; de desarrollo y de formación. En la Iglesia se precisa motivar lo que se cree y se espera. La Iglesia es para creyentes y para situar a las personas ante Dios. Detrás de los grandes movimientos de Iglesia de nuestros días hay, en bastantes casos una novedosa reflexión teológica y una clara definición religiosa. Sin esto, a un grupo eclesial, un grupo como el nuestro, le falta el fundamento y los puntos de referencia; las bases y los muros que sustentan. De la propuesta teológica nacen los por qué del grupo. Su credo. Por supuesto que hablar así no me estoy refiriendo a una nueva o específica suma teológica. Estoy hablando de unos cuantos elementos claves de la teología que se convierten acentos fuertes, que arrian el fuego a las propias ascuas. Son aspectos que en ese grupo se asimilan con especial profundidad sin dejar de lado el resto. Son sanos e inspiradores. ¿Cuál es el marco teológico marianista? ¿Cuál es la propuesta teológica marianista?

2. Una propuesta espiritual

La fe pasa a la vida; atraviesa la mente y el corazón. Se convierte en una forma de vida en el Espíritu; en ejercicio y en praxis; en oración y obra de misericordia, en perdón y en alabanza, en práctica de ayuno y en sacramento de la reconciliación, en movimientos del Espíritu y en práctica de las obras de misericordia. Todas estas acciones combinadas de modo original son indispensables para una comunidad eclesial. Los buenos fundadores/as han sabido hablar del encuentro de lo horizontal y de lo vertical. Han descendido a los cómo sin dejar de evocar los por qué. Han transformado las grandes verdades de fe, por ellos acentuadas, y las buenas intuiciones teológicas en camino espiritual, en acción, en moción, en vida del Espíritu. Tienen una espiritualidad coherente con su teología. La gran intuición teológica del Concilio Vaticano II necesitó

del tiempo y de las personas adecuadas para que se convirtiera en espiritualidad. Ni teología sin espiritualidad ni espiritualidad sin teología. La teología buena viene de la experiencia y se hace de rodillas. La buena espiritualidad parte del ansia de Dios a la que se le debe dar nombre y expresión y para ello se precisa hacer un camino espiritual. ¿Cómo identificar la propuesta espiritual marianista? ¿Qué elementos la caracterizan?

3. Una propuesta pastoral

Una vivencia auténtica de la fe nos lleva a compartirla, a anunciarla, a buscar un camino para transmitirla y si se quiere hasta un método. Es importante lograr alcanzar la vida de los creyentes y aumentar esa vida. Toda esta acción pasa por la Iglesia. A los grandes grupos o movimientos eclesiales no les falta una original propuesta pastoral. Esta propuesta nace de las dos anteriores. Con ella y desde ella se leen y se responde bien a las necesidades de la Iglesia y la sociedad. Debe ser precisa, atinada, exigente, novedosa. No merece la pena quedarse en la nostalgia. La época actual no es menos propicia para el anuncio del Evangelio que las épocas pasadas de nuestra historia. Se necesita acertar a cultivar el celo misionero y saber sembrar. Algunos grupos han encontrado modos nuevos de llevar el Evangelio al mundo de hoy y tienen un camino para iniciar y formar en la fe; unas metas, que son desafiantes, y un método que es nuevo en el lenguaje, en los contenidos, en los destinatarios y en la estrategia. ¿Cuál es la propuesta pastoral marianista? ¿Qué opciones la identifican y definen?

4. Una propuesta celebrativa

La vida se celebra. Lo que acontece se convierte en celebración. A esta se le da unción, conexión con la vida, con la fe, con la esperanza. Se hace fiesta de la vida. En este campo hay creatividad en la forma de alabar, agradecer, interceder, proclamar, pedir perdón. No falta la originalidad. Se trae la vida a la oración. En algunos casos la celebración es muy intensa; larga y prolongada. En otros es más breve. ¿Cuál es el modo propio y original de celebrar de la Familia marianista? ¿Qué celebra y cómo lo hace?

5. Una propuesta cultural

La tienen los movimientos, institutos religiosos y grupos de Iglesia. Algunos son contraculturales. Otros logran empalmar atinadamente con la cultura de la modernidad tardía, y de sus contextos. Proponen una calidad de humanidad cristiana que se basa en la pasión y en la radicalidad y en diálogo. En contraste con la postmodernidad se nutre de la pasión por Dios, por los hombres y por la naturaleza. En algunos movimientos la actitud ante la cultura es el rechazo claro y combativo. En otros es la propuesta de la interacción y en esa interacción dan y reciben y así construyen su originalidad. Hacer una propuesta cultural clara es convertir una serie de valores, de actitudes y de comportamientos en semilla de Evangelio y en sano sustrato humano. ¿Cómo describirías la propuesta cultural marianista?

6. Una propuesta sociopolítica

Una dimensión social y política. La fe que no tiene implicaciones en la realidad sociopolítica se queda a medio camino. La fe madura se implica en esa realidad y la

transforma. Apunta a que lleguemos a tener un nuevo cielo y también una nueva tierra. Pide una fe profundamente encarnada en el mundo. Los movimientos eclesiales buscan una alternativa sociopolítica para el mundo actual que necesita y busca una.

Esta dimensión no falta en los grupos, aunque toma muy distintas formas. Unos lo reconocen explícitamente; otros hacen esta propuesta solapadamente. Cuando existe y espontáneamente se presenta y se busca con ella transformar la sociedad para que se viva la justicia, la verdad y la libertad. Esto pide grandes cambios de estrategia. Importante es el paso de la guerra a la paz, de trabajar para pasar de hambre a tener pan, de luchar para acumular a luchar para trabajar por disminuir la pobreza, de crear violencia a llevar a los grupos a la concertación y al perdón... Ofrecer alternativa a la realidad actual es indispensable; trabajar por hacerla realidad es exigente. ¿Cómo identificarías la propuesta sociopolítica marianista? ¿Cuál querías que fuera?

Estas seis dimensiones no pueden faltar en ningún grupo de Iglesia. Son las señas de identidad de cada uno de ellos. Pero algunos hasta llegan a rechazar alguno de estos aspectos. Hay grupos de Iglesia que no tienen una propuesta de espiritualidad. A otros les falta el compromiso con la realidad. Les hay que han nacido sin una intuición teológica o no se han sabido situar bien en el conjunto de la historia de la salvación. No resulta fácil integrar todas estas propuestas. Se necesita llegar a la acción profunda y seria. El producto de esta buena mezcla da lo que Metz llamaría la buena integración de “pastores, profetas y samaritanos”. Con la fusión de estos tres personajes se llega “a reconstruir la fraternidad universal de todos los hombres y Pueblos hacia el Reino”.

En una situación tan compleja y movедiza como la actual es bueno tener propuestas claras y formuladas a estos grandes planteamientos. Y propuestas asumidas. Es lo que da una cultura fuerte, la cual, a su vez, suele estar en el origen de una claridad en las metas y de mucha fecundidad.

Si para el bien del Reino queremos tener un influjo social y cultural, eclesial y evangélico necesitamos una propuesta sociocultural. Una buena propuesta teológica nos recordará a los marianistas que lo divino está en nosotros como un impulso del ser, como fuerza de atracción grabada en nuestro espíritu. Ese centro profundo, esa fe del corazón, que hay en cada uno de nosotros, se puede convertir en el núcleo originante de nuestra vida creyente y en el centro de la experiencia mística. Eso es vida. De ella se parte hacia una propuesta pastoral de comunión y propuesta, de sabiduría y profecía. La espiritualidad no es el ámbito de quienes consiguen liberarse de las presiones de la vida. La espiritualidad tiene que ver con vivir una vida plena, no una vida vacía; con una búsqueda de plenitud porque nos viene del Espíritu. Ello supone que nos libramos de las cosas, de lo que va y viene y acertamos a vivir con calidad, tanto lo ordinario como lo extraordinario. El tiempo nos presiona y nos dice que estamos demasiado entretenidos para ser contemplativos; nuestras almas nos lo gritan. Puede ser que nos sintamos demasiado atareados para sentarnos a compartir, demasiado distraídos para leer y entrar en el silencio, demasiado acosados por personas y compromisos como para organizar nuestras vidas en torno al amor, para meditar nuestro presente y nuestro futuro...

Es importante bajar al detalle para ver que es importante dar contenido a nuestras vidas y poner acción en ellas.

Capítulo IX

De los frutos de esta alternativa

De Jorge Luis Borges es este pensamiento: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mi me enorgullecen las que he leído”. La cultura marianista en parte ya está escrita. Lo hemos dicho en este libro. Hay personas hechas a la medida de la misma. Por tanto, está necesitada de lectores; y de lectores inteligentes. De los que al leer no repiten lo que han visto u oído, sino que lo recrean después de haberlo pasado por el silencio en el que se han sumergido y del que salen para hablar y, sobre todo, para vivir algo nuevo. Para convertir la cultura marianista en un modelo y en acción transformadora ofrecemos algunas orientaciones en este capítulo.

- Superar la memoria corta

Estamos en un momento de la historia de los marianistas en que se tiene la impresión de que para escribirla, como tinta se ha usado solo nieve y por tanto han desaparecido de la escena demasiadas cosas y demasiadas personas. Por ello, nos damos cuenta que la tarea de recrear es urgente. Cuando en ella se comenzaba a tener algo más claras las respuestas vemos que no nos sirven porque nos han cambiado las preguntas. Cuesta vivir la vida que otros soñaron y es fácil que el alma olvide las cosas que pasaron. Estamos en un tiempo y en un grupo de memoria corta. Quizás más de uno caiga en la tentación de llamarnos adolescentes. Sin embargo, *“nuestra vida es una primavera porque tenemos en nosotros la Verdad que nunca nos hará envejecer”* (San Clemente de Alejandría). Más aún, nos hará rejuvenecer. En eso nos confirmamos cuando en la cultura marianista acertamos a encontrar raíces y sabia nueva.

En ella encontramos una fuerza espiritual especial para pasar del aislamiento a la tan necesaria soledad, de la hostilidad y agresividad imperante a la hospitalidad y compasión, y de la ilusión y confusión a la oración y la mística que nos llenan de sentido y nos marcan horizonte. Si esto conseguimos viviremos con sensatez. La cultura marianista puede ser una cultura emergente y dejar de ser una cultura decadente. Para que así sea se precisa *un relevo generacional en la Familia marianista*. Sólo así se producirá el necesario cambio. Para ello tiene que conducir un grupo que tenga sintonía con el dinamismo de la sociedad actual y hacerlo desde el corazón de la cultura marianista. Hoy, el centro de la vitalidad de la vida marianista no se sabe bien dónde está; pero se intuye que en el futuro no va a estar en Europa, ni en las estructuras frías ni en las personas mediocres.

Estos nuevos conductores, como hemos visto en el capítulo anterior, deben superar las modas cíclicas e iniciar modelos integradores, sobre todo en la medida en que el mundo es cada vez más complejo y rápidamente cambiante. Para ello les conviene seguir el buen consejo de Antoine de Saint-Exupery: *“Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir trabajo, sino que primero has de evocar en los hombres el anhelo de mar libre y ancho”*. Sólo así se construirá bien el barco.

- **Buscar lo nuevo de lo nuevo**

Todo ello comporta tener que pensar muchas cosas de una forma nueva. Muchas veces ocurre que *todo funciona bien hasta que alguien descubre que podría funcionar mejor*. No son aspectos diferentes o acentos nuevos lo que se subraya sino una perspectiva nueva, un espacio de visibilidad distinto del anterior. Lo miramos todo con otros ojos; por tanto la mirada tiene que ser nueva. La mirada marianista es parcial. Debe ampliarse a lo ancho y a lo largo, a lo alto y a lo profundo, a lo lejos y a lo cerca. No conviene que nadie piense y diga que es la mejor y la más adecuada y menos la única de todas las existentes. Es una más pero provista de originalidad y de comunes inquietudes.

Este libro ha nacido, como se señala en su primer párrafo, de una problemática interior de búsqueda de lo nuevo de lo nuevo y de lo mejor de lo bueno. Con el pasar de los años he descubierto que debía compartir con los demás la búsqueda de las raíces profundas de una inquietud y una intuición. Por ello en estas páginas no se ofrece ni respuestas dogmáticas ni soluciones de piñón fijo. Está escrito con la convicción de que la búsqueda de una auténtica cultura merece esfuerzo y activar la creativa y auténtica experiencia de vida. En medio de la búsqueda he encontrado señales que contagian esperanza y confianza. Me he confirmado que cada uno es fundador de la cultura marianista; debe descubrir su propio camino, único y exclusivo y al mismo tiempo común y compartido. Todo esto se ha dado en mi vida. He tomado conciencia de que he entrado en un período en el que yo no puedo apoyarme en frases como “alguien dice”... “otros dicen” sino que tengo que responder personalmente a la pregunta: “Pero, ¿tú, qué dices?” (Mc 8,27-30).

- **Para reinterpretar esta cultura marianista nada mejor que confrontarse con la de otros**

Las culturas vivas tocan el corazón de la existencia. La marianista es una de ellas. Obligan a no dar nada por sabido, ni el bien ni el mal, ni la vida ni la muerte, ni los seres humanos ni Dios. Todo cuenta. Por eso, las decisiones más importantes son las que necesitan de mayor ayuda. Por lo mismo, después de muchos años de educación activa y pasiva, de formación de otros y propia, e incluso de haber tenido a disposición el consejo sabio de varias e importantes personas, todavía puedo decir con Dante: “*En medio del camino de mi vida, me encuentro en un bosque de una oscuridad impenetrable*”³⁵. Esta experiencia es a la vez terrible y gozosa, desafiante y estimulante. Viene bien hacerla. Debe abrirme a los demás. Por lo tanto, todo cambio es una oportunidad y para nada una amenaza.

En el trabajo del estudio de la cultura marianista he aprendido de las culturas de otros que por diversos motivos he tenido la suerte de conocer y de vivir. *Es la mejor forma de reinterpretar la propia*. El aprendizaje de la cultura y del lenguaje del otro posibilita una reinterpretación de la creencia propia en un marco cultural distinto. Esta comprensión del otro lleva, casi inevitablemente, a formular o reformular lo propio, a descubrir limitaciones y errores, aciertos y logros, desafíos e incoherencias en la propia tradición. Hace mucho bien y mucho bien me ha hecho estar dispuesto a recibir de los otros valores positivos y a revisar y purificar las propias opciones. Así se llega a una complementariedad en las tradiciones incompletas. Se llega a una fecundación cruzada y a una transformación mutua. *Por esta experiencia he pasado en estos meses de trabajo sobre la cultura marianista.*

³⁵ Divina Comedia Infierno, Canto I.

Conviene superar las identidades estáticas y llegar a una comprensión más profunda³⁶. Un diálogo así no pretende convencer al interlocutor sino acercar más en profundidad a todos a la verdad siempre mayor y siempre nueva.

- Situarse más allá de las ofertas y llegar a las transformaciones

La cultura marianista me ha llevado, al menos a mí, a soñar; y también a poner en relación camino y metas; valores y precios. *A desear hondamente que el mundo cambie y la propia vida sea digna*. Algún día encontraremos soluciones a los grandes problemas. Uno sueña para nuestras vidas con encontrar sentido y fundamento para lo que piensa y siente, algo sólido. El problema puede ser que olvidemos que lo sólido se teje muchas veces en lo oculto y en lo que dura, en la cara y en la cruz. Es, en fin, rechazar o abaratar los costes que cualquier opción implica.

No podemos olvidar que si al final los anhelos van por una parte y lo que se está dispuesto a poner en juego por otra, no queda más remedio que arriesgar más o desear menos. Hay quienes hablan de desencanto, de conformismo y de realismo. La calidad humana que crea la cultura marianista radica en la capacidad de desear lo sublime, de luchar hasta el fondo de todo, aún siendo conscientes de que podemos perderlo todo y de alimentar la generosidad que nos lleva a compartir.

En el fondo todo marianista debería estar convencido que su vida les pertenece a los demás tanto como a sí mismo y que lo que a veces uno vive como lo más personal e íntimo de uno mismo es lo que más fuertemente está embebido en la condición común del resto de los marianistas. Con los elementos culturales marianistas se alcanzan las profundidades más íntimas de nosotros mismos y a la vez de los demás y de Dios. Para ello, necesitamos saber de procesos, de etapas, de metas, de velocidades, de talante y de genio, de búsqueda y de encuentro y sobre todo de transformación. Estoy convencido que solo pueden hablar de cultura marianista quienes *son capaces de calar en el ser íntimo; y al mismo tiempo, son capaces de llegar con inmenso cuidado a los demás y con una oración cada vez más profunda a Dios y todo ello para transformar, convertir, fecundar*. Pero para conseguir esto tenemos que hacer frente y explorar directamente nuestras profundas inquietudes, nuestros sentimientos oscuros hacia los demás y nuestra sospecha profundamente asentada en nosotros de la ausencia de Dios.

Tocar el corazón de la existencia es tocar el corazón de Dios. La dimensión asistencial o ética es fuerte en la cultura marianista. *Estas dimensiones son necesarias, pero no bastan*. El marianista tiene que anunciar el Dios de Jesús y hacerlo con un lenguaje que la gente entienda; tiene que ser especialista en Dios. Hoy la mística, la experiencia de Dios, la vivencia personal y la comunión en la fe son elementos fundamentales. Todo hay que enraizarlo en una búsqueda de Dios y en una experiencia de él a partir de Jesús.

Durante mucho tiempo estuve dudando en comenzar o en avanzar en el escribir este libro. En el fondo he podido ver que hablar de realidades, que vivo de forma muy personal y quizás, no siempre, con más intensidad que otros miembros de la Familia marianista, supone abrir el corazón y comenzar a caminar. Pero no con mucha claridad. Encontré consuelo y ánimo en las palabras de uno de los grandes hombres del espíritu

³⁶ Panikkar, R. El diálogo indispensable, Península, Barcelona, 2003

de la historia. Se llama San Juan el Estilita que vivió una profunda soledad en el monte Sinaí y que al final de su vida escribió: *“Si alguno sigue aún dominado por sus malos hábitos anteriores y sólo puede emplear su palabra, no su vida, como medio de enseñanza, que hable... Pero quizá, por vergüenza ante la falta de sintonía entre en su vida y sus palabras, al fin empiece a llevar a la práctica lo que enseña de palabra”* (San Juan el Estilita, cap 6 peldaño 26). Estas palabras me han dado, en esta ocasión y en otras, la suficiente libertad para describir la gran llamada o exigencia humana para llegar hasta Dios y hasta la persona humana por el camino marianista.

- **Y por esas transformaciones conseguir un futuro vivo**

En una sociedad que valora mucho el desarrollo, el progreso y el éxito hablar de cultura no es lo más oportuno y atinado. Cuando quiero hacer de la cultura marianista una fuente de dinamismo espiritual me encuentro con respuestas que dan pie al optimismo como con otras que me llevan al pesimismo. Con alguna frecuencia nuestras visiones sobre el futuro nacen de los sufrimientos del presente, y nuestra esperanza para los demás de nuestra desesperación sobre el presente. Sólo unos pocos finales felices nos hacen verdaderamente felices.

Algunas veces, pocas, me ha asaltado la preocupación de poder morir solo en medio de la hostilidad llevándome las ilusiones conmigo mismo a la tumba. Parece que algunos lo hacen. De todas formas al escribir estas páginas ha sido constante la invitación a ir más allá de mi condición inconsecuente y empezar a construir una vida en íntimo contacto con las grandes realidades que nos están preparadas. Se trata de convertir en un proyecto teológico, espiritual, pastoral, cultura y sociopolítico las propuestas dispersas en este libro. Sólo así los sueños no mueren y se convierten en semillas de esperanza.

Hay una escena campestre que merece nuestra atención. Los burros muchas veces se resisten a moverse, pero en cuanto se les echa una carga encima comienzan a caminar. Tener pasión por hacer algo nos ayuda a realizarlo. Cuando asumimos una responsabilidad, recibimos una misión o nos fijamos una meta, nos ponemos a caminar. No debemos esperar que la presión venga de fuera. Si queremos superarnos necesitamos ponernos cargas. Así salimos de la tiranía del “no tengo ganas”. Una carga es formular la cultura marianista. Es una carga dosificada. Cuando nos excedemos en el peso el resultado es tensión, enojo o agotamiento. La sabiduría me ha hecho comprender que es conveniente tener una carga un poco mayor de la que espontáneamente asumimos. Así ha ocurrido con la elaboración de este libro.

Sé bien que escribir sobre cultura es como imprimir a partir de negativos. Al hacerlo se pasa, por momentos, por la experiencia de lo impreciso, de la soledad, la desilusión, la hostilidad e incluso la agresividad. Pero sobre todo nos deja con coraje para hablar de realidades tan grandes como la oración, la vocación humana, la hospitalidad y la soledad. A menudo el bosque cerrado es el que nos hace añorar el campo abierto. Con frecuencia la cárcel nos hace pensar en la libertad, el hambre nos ayuda a saborear los alimentos y la guerra nos hace inventar las palabras que nos permiten hablar de la paz. La cultura marianista mantiene vivas determinadas tensiones y algunas de sus debilidades nos permiten abrirnos a lo grande de la fe y de la humanidad. Nos lleva a comenzar de nuevo. Al fijarnos una meta se desencadena en nosotros el deseo de alcanzarla. Para ello no nos puede faltar la ayuda de Dios que hace nuevas todas las cosas (Ap 21,5).

Quiero extenderme un poco sobre el tema de este apartado, la transformación, y subrayar que necesitamos intensificar la dimensión transformadora de la vida marianista. Este modelo nos sitúa no en el radicalismo conservador de los días antes del Vaticano II ni en los de la renovación radical de la década posterior. No apuntamos al restauracionismo ni a la revolución; buscamos una transformación. En la vida marianista muchas decisiones tienen que ver con la última. Todo ello se vive desde una perspectiva importante. No huir de la cultura ni de la realidad sociopolítica; tampoco lo es abrazar ciegamente esa realidad. Se precisa redefinir esta relación. Esta definición se tiene que basar en nuestra capacidad de contemplación y de compromiso generoso.

La transformación tiene que ser cultural, significativa y radical. No siempre la renovación ha sido transformadora; para algunos ha sido restauración. Ello no supone ruptura ni total concordancia entre la cultura marianista y la cultura ambiente. Pide una interacción transformadora. Este modelo no es pesimista ni optimista. Es realista. Reconoce los problemas y dificultades, pero reconoce, también, la transformación. La transformación del mundo en sacramento del Reino de Dios es lo que da sentido y significado a la Iglesia. Dentro de este esquema se sitúa la acción transformadora de la cultura marianista.

Este modelo transformativo tiene que liberar y reapropiar la fuerza del carisma. La fuerza transformadora que llega del Evangelio y del carisma se puede transformar en una pasión como veremos un poco más adelante. Dios es el futuro de todo hombre y mujer. La gracia no destruye ni sustituye la naturaleza; la perfecciona y la hace moverse hacia el bien³⁷.

- Poner pasión y radicalidad

Por la pasión y la radicalidad comenzamos y por la pasión y la radicalidad terminamos. Los marianistas nos sabemos llamados a vivir nuestro carisma en medio de la cultura marianista y de la cultura actual y sus contextos. *Aspiramos a una calidad de humanidad cristiana que se base en la pasión y en la radicalidad, en diálogo y contraste con la cultura ambiente.* Esta cultura es original. Se nutre de la pertenencia a Dios, de la fraternidad y de la misión. Sólo si logramos interactuar bien con la postmodernidad, con sus luces y sus sombras, podremos ir cultivando unas nuevas normas culturales que den cuerpo al Espíritu que nos alienta y nos acompaña.

“Téquel: Has sido pesado y te falta peso” (Dan 5,27). No queríamos que ese fuera el diagnóstico sobre la cultura marianista. Más bien para ella queremos el juicio contrario. Que cada vez más se la identifique con algo que tiene peso y que da peso. Importante que así sea. Si no, no merece la pena ofrecer esta alternativa, ya que no orientaría a las personas ni despertaría vida.

Querría cerrar este capítulo con una propuesta paradójica. *Querría cerrar abriendo.* Es decir, urgiendo a una participación activa y responsable, apasionada de todos los marianistas para que sigamos haciendo cultura marianista con nuestras propias vidas. Y para ello que consigamos iniciar una etapa tan creativa como fiel a nuestros orígenes. Que consigamos hacerlo en el arranque de un incógnito siglo XXI que obligará a tomar decisiones de alto calado. Sólo así seremos fieles a una vocación que nos sitúa en la

³⁷ Santo Tomás de Aquino, Suma teológica, I, 1, 8 ad 2

frontera y nos pide servir y amar cada día más y mejor a la Iglesia y a nuestra sociedad. La Iglesia nos observa y los hombres y mujeres que nos rodean también. También a nosotros en nuestros días nos toca trabajar en el filo de la navaja entre la Iglesia y la sociedad y hacerlo con concentración y entrega generosa.

Ahí se está bien. No es cómodo. Pero ahí es donde se descubren las tareas apasionantes que deberíamos identificar como referente prioritario y afrontar pagando el precio que se deba pagar. La Familia marianista ya está inventada. Necesitamos creatividad, valentía y paciencia para colaborar con el Espíritu en su revitalización.

Sabemos que necesita algo más que los simples retoques que dejan prácticamente intactas sus brechas y sus heridas actuales. Le viene bien una renovación profunda que le conduzca a aceptar a Jesucristo como único Señor y a situarse en actitud de auténtico servicio evangélico a la comunidad humana. No se puede olvidar que somos una Iglesia evangélica y apostólicamente debilitada en una sociedad y cultura poderosa. Pero “ni el cristianismo del pasado fue tan sólido como se cree ni el actual es tan débil como parece”³⁸. Es un buen diagnóstico que pide una buena propuesta.

No nos puede faltar a quienes nos hemos hecho y crecido en el ambiente, estructuras y espíritu de la cultura marianista, pasión por las grandes causas. *Nos corresponde transparentar verdad, ternura, sencillez, libertad y fe viva*. La vida marianista está llamada a situarse en el candelero, como luz que no deslumbra ni ofusca. Simplemente ilumina y da calor. No está llamada a colocarse bajo el celmín, movida por una falsa humildad. De paso, es bueno recordar que para ello tiene que acertar a caminar por el mundo con sentido y con sabor, lo cual nos pide vivir la fe con fe, la esperanza con esperanza y el amor con amor. En todo hay que poner definición y claridad. Y eso no es poco para los días que corren. Verdaderamente de un continente a otro asistimos al surgimiento “de una nueva época de la historia humana” (Juan Pablo II). Para que así sea los marianistas debemos ejercer una acción atenta y clarividente respecto a la cultura, especialmente la cultura que podemos llamar viva. Pensar todo de una manera renovada y persuasiva constituye una exigencia inaplazable. Esta cultura ambiental ofrece posibilidades extraordinarias y también enormes riesgos.

Sé bien que no basta hablar para ser escuchado. Para ello hay que prestar atención al anuncio y también a las condiciones para que sea bien recibido. Para ello se necesita una especial capacidad de creatividad multiforme que nace de la fe, la manifiesta y la sostiene.

- **Para ello redescubrir la cultura marianista**

¿Cuál es el corazón de esta cultura marianista de hoy? ¿Qué significa ser marianista en los diversos contextos culturales de nuestros días? En este libro se ofrecen dos respuestas bastante diferentes a estas preguntas. Respuestas que en cierto modo son personales ya que brotan de mi propio recorrido marianista. En líneas generales podemos decir que está escrito para aquellos a los que la antigua visión de la vida marianista ya no les va ni les funciona y buscan otra. Estoy convencido que con la ayuda de todos ellos este tema se irá enfocando cada vez mejor y haremos todo lo posible para que esta propuesta pase de la cabeza al corazón y de ahí pase a los pies y a las manos y se haga compromiso.

³⁸ Delumeau J., *Le christianisme va-t-il mourir?* Ed Hachette, Paris 1987.

La primera respuesta es la propia de la antigua cultura marianista. La segunda viene de *una visión nueva y emergente*. De hecho ambas están presentes hoy a lo largo y a lo ancho de la Familia marianista. Vivimos un tiempo de conflicto, aunque quizás demasiado amainado, y de cambio. A esta forma la podemos llamar el paradigma primitivo. En el se presenta el carisma marianista como algo para creer ahora y salvarse después. De él nació una cultura marianista marcada por la eficiencia, el orden, el crecimiento, el prestigio, la autoridad, la uniformidad, la ascética, la puntualidad.

La segunda forma de comprender la cultura marianista, el paradigma emergente, ha sido intuitiva, desarrollada y presentada en las últimas décadas. Es el encuentro del carisma marianista con el mundo postmoderno, con el mundo global y pluricultural. Este libro ha tratado por todos los medios de describir la forma emergente de comprender la cultura marianista. Está escrito para aquellos para quienes la antigua visión de la misma ya no funciona. Todo se ha hecho conjugando estudio, memoria y experiencia. La buena mezcla de estas dimensiones no ha sido fácil. Lo hemos hecho para recuperar “el encanto” de la vida marianista y para afrontar el descampado de lo cotidiano.

Sobre la cultura emergente he tratado de hablar con convicción y apasionamiento. La convicción viene de la conclusión de que la vida marianista tiene sentido. Me ha llevado tiempo desarrollar esta convicción. El carisma y la espiritualidad marianista que recibí en el inicio de mi vida marianista dejó de ser convincente para mí. Pero poco a poco fui comprendiendo y asumiendo que hay una forma de entender la cultura marianista que tiene sentido. La pasión cuesta desarrollarla. Se consigue si se acierta a descubrir aquello que a uno le atrae de la vida marianista.

Acertar a describir el corazón del cristianismo en una época de cambio es mucho. Lo es también, dar con el germen de la cultura marianista y verla crecer y acoger bajo sus ramas a muchos. Si centro y esencia sugieren algo demasiado abstracto y sin vida “corazón” es mucho más. Es metáfora de algo que late, de la fuente de la vida. ¿Qué es aquello de la cultura marianista que si no lo tuviera dejaría de existir? El corazón corresponde a ese nivel, el más profundo del yo, al lugar de la transformación. ¿Dónde está la capacidad del carisma y de la espiritualidad y de la cultura marianista capaz de transformar a la gente en el nivel del corazón? Está en su fuerza de fidelidad, creatividad y lucidez; de libertad, verdad y amor; de apertura, apuesta y valoración; de actitudes, adoración y solidaridad; de carisma, presencia y encuentro; de gozo y disfrute, de empeño sostenido y querido y pasión cultivada. Todo esto da un perfil diferente del que dio el marianistas de hace 70 años. Esta alternativa, una vez más, la busca el laico y el religioso, el hombre y la mujer, el educador de un colegio marianista y el formador de una comunidad de jóvenes. .

Para denominar estos aspectos no quiero usar la terminología de conservador y liberal. Hay mucho de tradicional en el modo emergente de presentar la cultura marianista. Así tiene que ser, ya que como nos recuerda la canción gallega “Os amoriños primeiros son difíciles de olvidare”. Hay mucho de innovador en la forma antigua de ser marianista. No hay duda que estas dos formas diversas persisten en los mismos grupos y en concreto en la Familia marianista. Producen conflictos. No entramos en ejemplos concretos pero el hecho está a la vista de todos.

El paradigma es una forma comprensiva de ver las cosas, una forma de entender un todo. Se identifica con un marco interpretativo que conforma cómo se ven las cosas y se

convierte en la constelación de lo particular dentro de lo universal. El paradigma emergente entiende la vida marianista como *una vida de relación, de encuentro y de transformación*. La cultura marianista enfatiza que nuestra relación con Dios se convierte en fuerza transformadora de la vida en el presente.

Para el diálogo y el compartir

I. La cultura marianista nos hace marianistas

Muchas veces constatamos que hay un exceso de verdades abstractas en nosotros, en nuestro ambiente y en nuestra cultura. A esta constatación se llega cuando hay poco silencio y poca interioridad.

Para entrar en lo concreto e identificar la cultura marianista estos pasos son importantes y necesarios. Se necesita describir:

- El cambio estructural, el de los odres que piden un cambio en la calidad del vino
- El cambio de ambos es el verdadero cambio cultural; sería como lo que envuelve los odres y el vino; envuelve ambos
- El cambio cultural va más allá de los cambios organizacionales, que serían puros cambios decorativos, de adorno o de imagen. Debe afectar a la vida y a la misión de las personas y de los grupos.
- El cambio cultural supone cambio de mentalidad, corazón, pies y manos. La única manera de cambiar las organizaciones es cambiar la cultura.
- El cambio que la cultura pide no es el radical sino el progresivo, el que parte de experiencias concretas, cotidianas y que supone un acierto a corto y largo plazo, con pequeños y grandes signos.

Se trata de poder identificar las implicaciones que el cambio cultural marianista ha traído a mi vida en los siguientes aspectos:

1. En el pensar: ¿qué motivaciones ha dado a mi vida; ¿qué perspectiva y horizonte me ha ofrecido?
2. En el sentir: ¿qué sentimientos me ha propuesto y ha desarrollado en mi persona? ¿qué orden ha puesto en mi amor?
3. En el proceder: ¿Qué actitudes ha creado en mí? ¿Cómo se han arraigado y desarrollado?
4. En el actuar: ¿Me ha llevado a la acción o me ha dejado soñando? ¿A qué acciones me ha movido? ¿Cuáles son las actividades que considero más coherentes en una

persona iniciada y formada en la cultura marianista?

No hay duda que quien así procede se hace marianista.

II. Transformación cultural

¿Cómo cambiar la cultura de un grupo? Es una pregunta importante. La podemos formular de otra manera. ¿Cuáles son las condiciones para que esto se dé?

Las transformaciones culturales son importantes para las personas y para los grupos. Son lentas y sostenibles.

Para que lleguen a darse se requiere:

- Claridad para saber lo que es la animación cultural
- Motivación
- Infraestructura
- Recursos
- Agentes de apoyo posible
- Actividades
- Etapas
- Claridad sobre el producto a obtener

1. ¿Cuáles de estos elementos están presentes en mi grupo local en este momento?
2. ¿Cuáles faltan?

Epílogo

Llegamos a lo coyuntural de la cultura marianista

Hasta aquí hemos ido leyendo la realidad marianista a lo ancho y a lo largo. Hemos dado un paso más y hemos intentado escribirla o al menos describirla. En esa realidad hemos encontrado, espíritu y letra, rasgos y convicciones, estructura y coyuntura. En el epílogo hablaremos sobre todo de esta última. Del hoy de la cultura marianista. Con frecuencia se ven los acontecimientos de una forma fatalista – ¡tenía que suceder!- o providencialista - ¡Dios lo quiere!- y no se va más lejos al enfrentar el presente, el momento actual, la coyuntura. Nos contentamos con un conocimiento ingenuo. Se analizan los efectos sin prestar atención a las causas. Se presta atención a la coyuntura sin hacerlo a la estructura.

Para que no se diga esto de este libro en el epílogo, al menos, nos preocuparemos de lo coyuntural de la cultura marianista en el momento presente. La experiencia de ello y la reflexión sobre ello no es poco y no es fácil. La tesis que está presente en estas últimas páginas es la siguiente. Lo que nos pasa tiene que ver con nuestra cultura; hasta ella hay que llegar para encontrar las buenas soluciones. Forma parte, también, del pensamiento de fondo que esta situación es compartida por laicos y religiosos y por hombres y mujeres, por jóvenes y personas adultas y mayores. No es propia ni exclusiva de la Compañía de María.

En los últimos años han ido apareciendo varios escritos sobre el estado de la Familia marianista. Algunos de ellos procedentes de autores que han dado pruebas de conocer bien toda la Familia y nada sospechosos de falta de amor a ella. En ellos se llama la atención, a veces con acentos preocupantes, sobre la alarmante situación de la vida marianista. Se reclama a los responsables de la misma medidas urgentes y a veces radicales. Esto supondría un cambio de orientación global de la misión y de la espiritualidad, de la organización y del espíritu. En una palabra, un proyecto sociocultural, espiritual, apostólico y teológico para esta familia.

A esta propuesta, que en más de algún caso, se le califica de “refundación” y en todos de revitalización, se la considera como la mejor respuesta a la urgencia y gravedad de la situación. Debería ser como un hilo conductor que llegara a todo: educación, formación de religiosos, espiritualidad, economía, relación hombres y mujeres, propuesta social y política, gobierno y organización. Debería ser un todo, un bloque, un conjunto. Estaría orientada a la acción y obedecería al gran principio: *conocer para transformar*.

De este cambio cultural hay urgencia. Con Gloria Fuertes nos decimos: “No perdamos el tiempo... trabajemos, que al corazón le llega poca sangre”. Prestemos atención que el desierto avanza en el mapa marianista. Hay urgencia de multiplicar las zonas verdes para respirar mejor y tener de nuevo primavera. Hoy estamos a tiempo. Mañana puede ser tarde.

Estos comentarios prolongan los ecos de escritos de otros religiosos y religiosas y laicos y hasta obispos de la generación del Concilio. En ellos se ha denunciado con libertad de espíritu, lucidez y valentía ejemplares las limitaciones y los errores de una forma y estilo de vida que en lugar de progresar en la revitalización iniciada por el Concilio la están desvirtuando con una interpretación errónea. Así se pone en serio peligro su espíritu.

La causa para mí de lo que nos pasa es una: los marianistas tuvimos una cultura que sirvió al desarrollo de la Compañía de María, de la Familia marianista, de las obras educativas, de las diversas instituciones. Cultura que estaba en sintonía con la cultura ambiente. Pero hoy constatamos que esa cultura del orden, del esfuerzo, de la eficiencia, de la uniformidad, de la sumisión, de la real incomunicación interpersonal, del culto a la regla, de la perfección ha tocado fondo; no sirve. Por tanto hay que renovarla; formular otra nueva, transmitirla y multiplicarla de otra manera. Es peligroso dejar y no tomar, arrancar y no plantar, destruir y no crear o al menos transformar. Esa cultura también tiene que nacer del carisma marianista y sobre todo las expresiones de la misma. Tiene que ser versión actualizada del mismo. La única que nos servirá en nuestros días presentes y futuros.

La película “La estrategia del caracol” de Sergio Cabreza, nos da el trasfondo motivacional para hablar así. Cuenta la historia que un grupo de vecinos tiene que enfrentarse a un inminente desalojo como consecuencia del proceso de renovación del centro de la ciudad. Consiguen varias veces parar la orden mediante triquiñuelas jurídicas. Pero finalmente el juez les comunica que tienen un plazo de 10 días para abandonar la casa. Ante esta situación Jacinto, viejo anarquista español exiliado en Colombia, propone una audaz alternativa: la estrategia del caracol. *La comunidad de vecinos se une en torno a una misión común*: trasladar su mundo, sus enseres, sus ilusiones y su vida a un lugar más habitable y común. Y en este proceso de cambio, de un integral cambio cultural, ellos mismos cambian. Se genera una cultura de solidaridad compartida, de apoyo mutuo y de colaboración estrecha. Los pasos pequeños e insignificantes, los de caracol, terminan moviendo montañas. A veces la imposibilidad de realizar cambios totales paraliza. El todo o nada no es lo mejor. Es mejor tomar la política de los pequeños pasos, optando por caminos progresivos de transformación.

Estas reflexiones de unos y otros, más críticas o más constructivas, según el talante de los autores, a las que nos hemos referido *coinciden en descubrir, analizar e interpretar unos hechos dolorosos vividos por marianistas que no se resignan a cerrar los ojos a la situación que les rodean o padecen*. Situación que está caracterizada por *la no vigencia de una cultura que marque el estilo y las opciones de vida del marianista y la poca fuerza para generar la alternativa*. En este libro he puesto de relieve, de una manera especial, este último aspecto.

A más de alguno de los que han participado o compartido esta reflexión y han mirado esta realidad les han surgido preguntas como la siguiente: ¿serán marianistas “nuestros hijos”? ¿Qué viene después de esto? ¿Se interrumpirá la cadena de la transmisión de un carisma que acertó a hacerse cultura? ¿Surgirá la alternativa revitalizadora?

Estas preguntas las comparto, pero no me dejan deprimido ni quiero que sean ocasión para que transmitan amargura o angustia. Por el contrario, me las he hecho y *las hago como llamadas a superar el miedo y a mantener la esperanza que se sustenta en la fe y se manifiesta en la caridad*. Estoy convencido que esta situación no es peor que la de otras épocas que tendemos a añorar por tenerlas idealizadas. No dudo que para descubrir en ella indicios y brotes de esperanza está pidiendo *una interpretación, una atención y una acción marianista renovada*. Por eso, no es de extrañar que en distintos lugares de la geografía marianista aparezcan iniciativas, escenarios, brotes de una necesaria refundación. No queremos dejarnos domesticar ni por el medio ambiente eclesial ni de la Familia que con

frecuencia podría estar caracterizado por las palabras de Machado en las cuales “difícil” se substituye por “imposible”:

*qué difícil es
cuando todos bajan
no bajar también.*

Sería injusto reprochar insensibilidad a los responsables de la Familia marianista en este bloqueo real de la vitalidad de la misma. Yo mismo, por lo demás, me debería atribuir algunos de estos reproches. Con todo, causa extrañeza la dificultad que la mayor parte experimentamos para hacer nuestros los análisis que los manifiestan. Más de una vez he llegado a pensar que lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa. Solo prejuicios poderosos explican la incapacidad de algunos de estos responsables para hacerse cargo de la realidad que tienen ante sus ojos y la facilidad con que recurren a determinadas estratagemas para disimularla. No sería bueno excluir del orden del día de los temas a tratar determinados aspectos que los marianistas se plantean con verdadera preocupación.

Este libro ha tratado de ir al fondo y al horizonte de la situación en la que estamos y ofrecer una interpretación de la misma y tocar la estructura posible y las causas de una deseable fecundidad y de una real falta de la misma. Está basada *en el cambio cultural que estamos experimentando en los lugares más diversos donde ha arraigado la vida marianista*. Este cambio, si nuestra hipótesis es correcta, afecta a la comprensión misma de la persona humana y de la cultura en la que está envuelta. La situación de la vida marianista no se puede aislar de la situación sociocultural que nos rodea. Esta situación, también, es como la de un mundo sin rumbo. La vida marianista forma parte de esta sociedad en transformación en la que vive y se ve afectada por sus problemas³⁹. La cultura marianista debe ser puente entre una real ruptura entre el carisma marianista y la cultura ambiental y dominante. Esta separación también es un “drama” para nosotros como recordaba Pablo VI que lo era la ruptura entre Evangelio y cultura (EN 20) para el conjunto de la Iglesia. Yo no encuentro mala voluntad entre los marianista. Falta un saber acertar en el camino a seguir y un querer ponerse en condiciones para que ello se de. Pero hay que acelerar el ritmo para encontrarlo.

Por ello hemos buscado una hipótesis y la hemos sugerido y en parte propuesto. Una interpretación que no se sitúa en el terreno de la sociología, pero que no prescinde de ella. He partido de los datos de la historia, las ciencias humanas, la espiritualidad, del carisma original. Ello debería ayudarnos a percibir la nueva configuración del fenómeno eclesial y social que es la Familia marianista. Esta real situación se convierte en un signo de los tiempos. Pero esta realidad concreta integrada por hombres y mujeres de los cuatro puntos cardinales del mundo *necesita metamorfosis, transformación*. Estos hombres y mujeres, que en nuestro caso son marianistas, están llamados enérgicamente a la conversión, al fervor y a la santidad. Dan la impresión que no sólo se les ha cambiado el continente sino también el contenido; a éste se le ha enfriado el amor primero (Apoc. 2,4); ha pasado del fervor a la mediocridad. Para superar o salir del impase no basta convertirse a una nueva cultura, a la verdad, a la justicia, al bien; ni siquiera a la solidaridad y a los pobres. Tiene

³⁹ “La crisis por la que atraviesa hoy en día la Iglesia se debe en buena medida a la repercusión en la Iglesia misma y en la vida de sus miembros de un conjunto de cambios sociales y culturales rápidos, profundos y que tienen una dimensión mundial. Estamos cambiando de mundo y de sociedad. Un mundo desaparece y otro está emergiendo sin que exista un modelo preestablecido para su construcción” (Obispos franceses, Proponer la fe en la sociedad actual, Ecclesia, 2835, 5 abril 1997)

que convertirse a Dios, cuyo rostro resplandece en su plenitud en Jesucristo. A esto lo podemos llamar, también, una conversión cultural porque tienen que cambiar los medios y las expresiones de esa relación primordial transformada. *Para el corazón de las personas y el dinamismo cultural se hace central y decisivo en orden a su supervivencia y fecundidad volverse a Dios.* Esto lleva a concluir que el marianista que vive coherente su fe y asume como cultura matriz la marianista adopta una postura contracultural no por lo que dice sino por cómo vive (Sab 2,14-15).

El epicentro de este cambio, el “tiempo eje” se sitúa en la conciencia que la persona humana tiene de sí misma como ser religioso y creyente; y se manifiesta en los hechos que de esta conciencia se derivan. Hacer prioritaria esta dimensión es fundamental. Ello pasa por mucha oración y por una oración que para laicos y religiosos llega a una contemplación serena y fecunda. Ahí se conciben las alternativas. La cultura marianista, en el fondo es *un epicentro para creyentes; es causa y efecto de una fe.* En la vida del creyente hay que evitar que los muchos árboles de la variada y compleja situación religiosa le impidan ver el bosque de lo que está en juego en ella. Pero la atención al bosque, que podría ser la cultura, no puede hacernos pasar por alto unos árboles, unos hechos, unas personas que son los indicios de esa transformación y que nos tienen que servir de punto de partida para captar el sentido global de la misma.

No hay duda que la situación de los marianistas, laicos y religiosos, hombres y mujeres, es compleja, variada y delicada. Por eso mismo que se resiste a la fácil interpretación. Es la situación de muchos otros grupos en el momento actual. En realidad no hay una situación sino una pluralidad de situaciones, notablemente diferentes según el área cultural y geográfica. No es fácil encontrar pistas ni entre nosotros ni en el conjunto de la Iglesia o de las familias espirituales. Se están concibiendo alternativas. Por lo que se ve en el mercado el parto aún no ha llegado.

En esta conclusión quiero repetir que todo nos indica que no estamos avocados a una desaparición de la vida marianista. *Se está produciendo una notable transformación y hay que acertar a verla.* Hay signos de vitalidad de la acción del Espíritu en la Familia marianista. Se precisa definirlos, verlos, describirlos y hacer de ellos punto de partida de etapa nueva, de un comenzar de nuevo. Este esfuerzo y este método para *identificar la cultura marianista y proponerla como camino de revitalización quiere ser uno de esos signos de vitalidad; mejor aún, el más radical.* La actual situación se puede leer como una puesta en peligro de la propia identidad; nuestro esfuerzo de reflexión como una alternativa válida para la misma. La vida marianista no quiere replegarse sobre sí misma ni preocuparse obsesivamente de su propia identidad; tampoco quiere negociar con la cultura ambiente dominante una adaptación que la ponga en peligro. Esto llevaría a la disolución de la propia identidad.

Ninguna de estas dos reacciones nos sirve a los marianistas. Hay una transición que nos la impone el contexto cultural y nos la permite la identidad cultural marianista. Lo que está cambiando no es solo la sustitución de unas mediaciones por otras, como ha ocurrido en otros momentos de nuestra historia. Es el horizonte mismo en el que se inscriben las mediaciones y su sentido lo que se está transformando. *De ello debe dar razón y explicación la cultura marianista.* Cultura que encarna una espiritualidad. Por eso nos ayuda a aterrizar una forma de vivir y de entender la vida que mantiene una referencia intensa a Dios y desde ahí remite a lo profundamente humano en la dimensión de motivaciones, valores, actitudes y acciones que superan los aspectos inmediatos. Así, el

marianista siente nostalgia de Dios y de la fe y su proceder esta marcado por esta nostalgia.

¿Cuáles son las previsiones sobre el futuro de la vida marianista? Esta pregunta no puede faltar en el epílogo de este libro. Pero bien sabemos que hacer previsiones, sobre todo a largo plazo, es una de las formas más seguras de equivocarse. Además, el futuro es tanto más difícil de prever cuanto más insegura y movедiza es la situación desde la que se establecen la previsiones. Pero precisamente en tales situaciones la preocupación por el futuro resulta inevitable. De hecho durante las últimas décadas del s XIX y XX han sido incontables las previsiones de un final del cristianismo a fecha fija por parte de las personas más diversas. Hoy son en buena medida esas personas o esas corrientes las que han perdido vigencia, mientras el cristianismo sigue dando razones para creer, para esperar y para amar a mucha gente. Para nosotros la pregunta es más concreta ¿a dónde va la Familia marianista? No hay duda que en algunos lugares está en juego la presencia y la supervivencia de la vida marianista. Y la solución, como ya hemos dicho, pasa por la acción eficaz. *Hay que obrar, emprender y proponer. El marianista no nace tal, se hace. Se hace en el seno de la familia marianista y de la Iglesia y por la encarnación de unas mediaciones necesarias para construir el Reino de Dios.* Esas mediaciones son el proyecto cultural, social, educativo, político y económico que tiene que intuir, describir, asimilar y proponer a una grupo selecto de personas, miembros de la Familia marianista, y ofrecer al conjunto del pueblo de Dios.

La antropología marianista debe ser optimista pero no ingenua. Nuestra vida es un combate espiritual; el pecado y la conversión forman parte estructural de nuestra existencia. A veces nuestra fragilidad nos desanima. Nuestra coherencia se hace difícil. Sin la integración en comunidades de referencia y de participación esta alternativa marianista nunca será realidad. Estas comunidades vitales serán el punto de partida y de llegada de esta oferta de alternativa.

Toda la reflexión que se ha hecho *pretende que no quedemos a merced del futuro sino que estemos dispuestos a configurarlo.* Nada justifica, a mi modo de ver, las visiones catastróficas o apocalípticas de algunos planteamientos. La situación actual y la existente en algunos lugares no es ciertamente nueva en la historia de la Familia marianista ni peor que otras anteriores. De todas formas, mejor o peor, esta situación es la nuestra.

En ella tendremos que descubrir los signos de la revelación de Dios, de su paso por nuestra historia, de su llamada a avanzar en la venida de su Reino. Hay unas sombras en nuestra condición de marianista que debemos superar y unas luces que estamos llamados a encender y a intensificar su capacidad de iluminar. De modo general bien podemos decir y afirmar que la dificultad para dar con la forma de vivir la vida marianista que corresponde a nuestros días se puede convertir en una eficaz incitación a descubrir las experiencias humanas significativas como el lugar más apropiado para realizar nuestra vocación. Era conveniente y necesario preguntarse por el futuro de los marianistas evitando estados de ánimo que ni la situación justifica ni la actitud creyente tolera. Además es importante hacerlo sin disimular la gravedad de la situación que suscita la pregunta.

Una vez más, no se trata de anunciar la desaparición de nada sino el final de una figura, de una forma de vida y el comienzo de otras nuevas. *No solo no está perdido todo, es que todo está por ganar. Tras el gozo de partir viene el gozo de llegar.* Y esta victoria comenzará desde abajo, como la levadura en la masa. Tendencias buenas para el futuro de los marianistas están presentes en el momento actual. Se trata de descubrirlas. Se ha

intentado en este libro evocarlas y también se han señalado los pasos necesarios para hacerlas posible. Se necesita poner esqueleto a esta forma de vida cristiana, la marianista.

Un tema como el que hemos abordado, la cultura marianista, es necesariamente una cuestión inconclusa; sin embargo es un tema decisivo para la vida marianista. El mundo religioso, el cristiano y el marianista están sometidos a una radical transformación. No tenemos el mapa preciso de las formas hacia las que caminamos, ni los escenarios en los que situarnos, ni el camino que nos conducirá en la andadura. Esta situación es, a mi modo de ver, el reto fundamental para toda la Familia marianista, sus grupos, sus actividades, su misión. Algo está claro: no son tiempos para la restauración de una institucionalización de la vida marianista que ha durado ya siglos, que ha producido frutos espléndidos, pero que hoy se está resquebrajando ante nuestros ojos.

Ante la gravedad de la crisis he concluido que la solución no se puede reducir a arreglos de fachada ni a retoques superficiales. Pero cuanto más profundas son las transformaciones exigidas, tanto más se requiere el diálogo y la colaboración de todos los que estamos implicados en ellas, es decir, de todos los marianistas.

Por eso, es indispensable que exponamos con libertad las diferentes descripciones, análisis e interpretaciones de la situación; que aceptemos con modestia la parcialidad y la relatividad de todas ellas; que nos reconciliemos con nuestra historia; que busquemos la convergencia de los diferentes puntos de vista y abramos, desde la docilidad al Espíritu que anima a toda la Iglesia, caminos que nos permitan avanzar en nuestro mundo el Reinado de Dios. En él todos hemos sido llamados a colaborar y trabajar para la mejora de la situación de la humanidad y de una manera especial de la parcela de la misma encomendada a la responsabilidad de la Familia Marianista.

Cuando el tema de un libro no es uno sino varios, el autor puede despistar a los lectores con su título. ¿Será este el caso? Es probable. Pero no ha sido mi propósito desorientar a nadie. No es fácil titular algo que tiene que ver con la cultura. He buscado un común denominador a todo lo que se dice. *Sería pasión y radicalidad*. Desde el carisma y la cultura y desde la pasión y la radicalidad nuestra apuesta principal es por Dios. Cuando así ocurre comenzamos a poner levadura nueva en la masa, la cultura acusa el efecto de esa levadura y es su primer fermento.

Más aún, cuando así ocurre comenzamos a vivir dentro de las actuales circunstancias históricas lo que proclama el profeta Miqueas: “Se te ha indicado, hombre, qué es lo bueno y qué exige de ti el Señor; nada más que practicar la justicia, amar la fidelidad y caminar humildemente con tu Dios”. Esta forma de caminar no necesita tener todo claro, como nos lo recuerda San Juan Crisóstomo de los Magos: “Los Magos no se pusieron en camino porque vieron la estrella. Vieron la estrella porque ya estaban en camino”. María ayuda a discernir la buena luz de la estrella y a distinguirla de las “luminarias” que confunden y enceguecen y esperar la llegada del pleno día.

Quiero terminar con las palabras de un mártir de la esperanza y de la fuerza de cambio, de la inclusión y de la fe. Creo que son las que más necesitamos para optar por caminos nuevos:

“Soñé también que, gracias a la fe,
 nosotros seremos capaces de alejar las tentaciones de la desesperación
 y de arrojar una nueva luz sobre las tinieblas del pesimismo...
 Sí, gracias a esta fe,
 Seremos capaces de acelerar el día en que la paz reinará sobre la tierra
 Y la buena voluntad de los hombres.
 Será un día maravilloso;
 Las estrellas de la mañana cantarán juntas
 Y los hijos e hijas de Dios lanzarán gritos de alegría.
 Seguiremos apostando a la utopía...
 (Martín Luther King)

Para reflexionar y compartir

1. ¿Con cuál de las definiciones de cultura presentadas en estas páginas te quedarías?
2. ¿Estarías de acuerdo con la afirmación de que el factor cultural se impone como el primer presupuesto de toda vida- política y socioeconómica, espiritual o misionera- de grupo?
3. ¿Aceptarías la descripción de los rasgos problemáticos de nuestra cultura actual?
4. ¿Se puede constatar en la vida cotidiana que el carisma marianista es creador o recreador de cultura?
5. ¿Es posible detectar en la cultura marianista y en la cultura ambiente la lógica del Reino? ¿En qué se advierte?
6. ¿Cómo se puede decir que la contemplación impulsa todo tipo de tareas políticas y socioeconómicas? ¿Es cierto que a más mundo interior, mayor capacidad de implicación personal? ¿Cómo lograr romper el círculo cerrado entre práctica y teoría?
7. ¿Cómo entender la dimensión cultural de la justicia? ¿Cómo enganchar la justicia con la cultura?
8. ¿Cuáles son las estructuras de gracia de nuestra cultura y cuáles las de pecado?
9. ¿Tiene fuerza la cultura marianista para generar una forma de vida nueva con propuestas teológica, espiritual, apostólica, celebrativa, sociopolítica y educativa?
10. ¿Cómo transmitir y engendrar esta cultura en una nueva generación? ¿Qué puede servir en ella para “enganchar” con gente?